

CAPÍTULO IV

LA METAPSICOLOGÍA FREUDIANA

El término <<metapsicología>> se utiliza en psicoanálisis para designar la parte de la doctrina freudiana más teórica y especulativa, aquella que trata de explicar el funcionamiento mental, la personalidad y la conducta en base a principios generales que, a menudo, se han construido como hipótesis necesarias antes que como sistematizaciones basadas en observaciones empíricas. El propio Freud, en su carta del 10 de marzo de 1898, interpela a su confidente y amigo Wilhelm Fliess sobre la pertinencia del empleo de tal neologismo: *“Debes decirme seriamente si puedo dar a mi psicología, que conduce a los trasfondos del inconsciente, el nombre de metapsicología”* (1956, carta 84), llegando a la conclusión de que el conocimiento científico de la vida humana, motivada y significativa, no excluye, ni puede excluir, ni debe excluir nunca la aplicación, junto a la empiria, de una <<reflexión teórica>>, reflexión que, sin duda, ha de desempeñar una función tan importante como la observación o el experimento.

Parece razonable argumentar, por tanto, que si el psicoanálisis es un método de investigación de los procesos inconscientes, un procedimiento terapéutico para el tratamiento de las perturbaciones neuróticas y un acervo de constructos psicológicos que tienden a la categoría de “ciencia”, la metapsicología ha de representar, por fuerza, la estructura teórica de todo ese conjunto. De hecho, como señala la historiadora y psicoanalista francesa Elisabeth Roudinesco (2008), *“metapsicología es un término creado por Sigmund Freud en 1896 para designar el conjunto de su concepción teórica, y distinguirla de la psicología clásica [psicología de la conciencia]. El enfoque metapsicológico consiste en la elaboración de modelos teóricos que no están directamente vinculados a una experiencia práctica o a una observación clínica; se define por la consideración simultánea de los puntos de vista dinámico, tópico y económico”* (p. 715).

Así pues, hablar de metapsicología en psicoanálisis es hablar de modelos teóricos que no están directamente vinculados a una experiencia práctica o a una observación clínica; es hablar de las hipótesis y teorías con las que el creador del psicoanálisis quiere significar, por un lado, su innovadora concepción acerca de la existencia de una causalidad psíquica (su colección de escritos de 1915 sobre *Pulsiones y de destinos de la pulsión, La represión y Lo inconsciente* se publicaron bajo el título de *Trabajos sobre metapsicología*), y por otro, su particular forma de entender y explicar los fenómenos psíquicos,

una explicación que, a juicio de Freud, ha de tener en cuenta tres aspectos fundamentales: el **dinámico** -cuáles son las fuerzas que intervienen en la aparición y desarrollo de tales fenómenos-; el **topográfico** -en qué sistema psíquico ocurre- y el **económico** -qué ocurre a nivel de la distribución y equilibrio de la energía pulsional-.

Por lo demás, podemos concluir diciendo que <<metapsicología>> es un término creado por Freud para subrayar la originalidad de su propia tentativa de edificar una psicología que nos conduzca “*al otro lado de la conciencia*”, es decir, que nos traslade de la psicología de la conciencia a la psicología del inconsciente; para explicar desde allí los fenómenos del comportamiento humano que la psicología tradicional no ha podido explicar, que no son otros que los determinados por el inconsciente. En este sentido, podemos afirmar que en el psicoanálisis de Freud se dan tres importantes construcciones teóricas que manifiestamente subyacen a lo observable: a) las teorías *tópicas* sobre aparato psíquico; b) las teorías sobre las pulsiones y los principios que rigen su economía; y c) la teoría freudiana sobre la evolución de la sexualidad, tres construcciones teóricas que merece la pena explicar y desarrollar.

4.1.- TEORÍAS FREUDIANAS SOBRE EL APARATO PSÍQUICO

En psicoanálisis, se conoce por el nombre de “*tópicas*” (del griego topos = lugar) a las formulaciones teóricas sobre el aparato psíquico que Freud elabora para poder comprender y explicar las relaciones dinámicas que se dan entre sistemas psíquicos que ejercen funciones diferentes. De hecho, las *tópicas freudianas* no son sino complejas teorías explicativas que plantean la diferenciación en el aparato psíquico de cierto número de sistemas específicos dotados de características y funciones especiales, sistemas que, dispuestos en un determinado orden, aspiran a mantener en un nivel lo más bajo posible la energía interna de un organismo (tensión), “*lo que permite considerarlos metafóricamente como lugares psíquicos de los que es posible dar una representación espacial figurada*” (Laplanche y Pontalis, 1987, pp. 430-431).

Por regla general, se habla de la existencia de dos teorías *tópicas* diferentes, a las que Freud no consideró incompatibles en ningún momento y sí, en cambio, complementarias. La primera de ellas, elaborada desde una perspectiva marcadamente descriptiva -de acuerdo con el criterio de posesión, o no, de la cualidad psíquica de la “*consciencia*”, nos describe y diferencia los tres sistemas que, para el Freud de *La interpretación de los sueños* (1900), se vislumbraban en el horizonte del psiquismo humano: el consciente, el preconscious y el inconsciente. La segunda, de carácter mucho más estructural, nos presenta el aparato psíquico como una organización interna compuesta por tres instancias claramente diferenciadas entre sí: el ello, el yo y el superyó, tres *instancias* -término de significado a la vez tópico y dinámico equivalente a sistema- en las que se puede apreciar un cierto sentido evolutivo y en las que la cualidad de la conciencia no es ya tan determinante.

Ahora bien, la coexistencia en el aparato psíquico de diferentes sistemas o instancias no debe interpretarse en el sentido anatómico-fisiológico de las

localizaciones cerebrales (una teoría predominante en la segunda mitad del siglo XIX que hace depender de soportes neurológicos rigurosamente localizados funciones mentales tan especializadas como el habla, el pensamiento lógico o el razonamiento numérico), al contrario, en un trabajo sobre la afasia de 1891, Freud critica esta frágil teoría y sostiene que la consideración de los datos *tópicos* de la localización anatómica debe completarse siempre con una explicación de tipo funcional. Aún más, al hablar de aparato psíquico, Freud sugiere la idea de una cierta disposición u organización interna, pero hace algo más que atribuir diferentes funciones a "*lugares psíquicos específicos*"; asigna a éstos un orden prefijado que implica una determinada sucesión temporal.

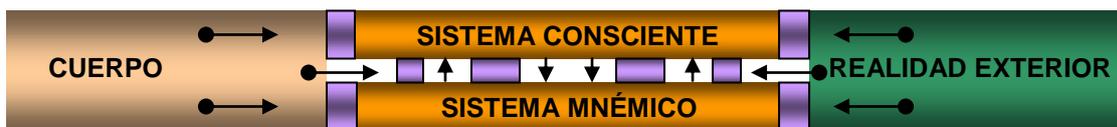
4.1.1.- La primera tópica freudiana

La primera concepción tópica del aparato psíquico aparece descrita por Freud en el capítulo VII de la *Interpretación de los sueños* (1900), aunque es posible vislumbrar sus primeras raíces en el *Proyecto de psicología científica* (1895) y encontrar sus postreros desarrollos en los textos metapsicológicos de 1915, especialmente en el ensayo sobre *El inconsciente*. Esta primera teoría es considerada por muchos autores como puramente *topográfica*, y, por consiguiente, ajena a cualquier tipo de ordenación o principio estructural -entre ellos Rapaport (1960), que sostiene que en la evolución del pensamiento freudiano es constatable una sustitución de la concepción topográfica (1900) por una concepción estructural (1923)-. Sin embargo, a la hora de hablar de aparato psíquico, el creador del psicoanálisis no se limita nunca a una mera descripción *topográfico-espacial* de compartimentos estancos, al contrario, prefiere referirse siempre a sistemas articulados e interaccionados, que poseen su propia función, su particular energía psíquica y sus contenidos representativos.

Para afianzar esta idea basta con mencionar, por ejemplo, que en *La interpretación de los sueños* Freud llega a afirmar que la idea de "*localidad psíquica*" no es en absoluto superponible al concepto de "*lugar anatómico*", sino que, más bien, puede acercarse a la noción de <<punto ideal>> en referencia a un aparato óptico: "*nos representamos, pues, el aparato anímico como un instrumento compuesto a cuyos elementos damos el nombre de instancias, o, para mayor plasticidad, de sistemas. Hecho esto, manifestamos nuestra sospecha de que tales sistemas presentan una orientación especial constante entre sí, de un modo semejante a los diversos sistemas de lentes del telescopio, los cuales se hallan situados unos detrás de otros*" (1900, O.C., p. 672). Por tanto, si de lo que hablamos es de instancias y/o sistemas, y no de compartimentos estancos anatómicos; si lo que aseguramos es que existe un orden establecido de sucesión funcional, aunque en determinadas ocasiones pueda quedar modificado; y si lo que postulamos es la existencia de una sucesión de sistemas mnémicos caracterizados por distintas leyes de asociación, estaremos cada vez más cerca, a pesar del dictamen de Rapaport, de introducir la categoría *estructural* incluso en esta primera representación del aparato anímico.

Dejando a un lado esta discusión, habremos de decir que la primera tónica freudiana sobre el aparato psíquico fue elaborada, tal y como señalábamos en el apartado anterior, desde un punto de vista descriptivo y de acuerdo con un criterio de profundo calado en el armazón psicoanalítico: la posesión, o no, de la cualidad de consciencia. De hecho, atendiendo a este emblemático criterio, Freud lleva a cabo la diferenciación de los tres sistemas que, a su juicio, conciertan el aparato anímico de todo ser humano: el sistema consciente, el sistema preconscious y el sistema inconsciente.

a) El **sistema consciente** (Cc.). Interpuesto entre el estimulante mundo exterior (realidad externa) y el inextricable sistema mnémico de inscripción y almacenamiento del aparato mental (preconscious), el sistema consciente es el encargado de recoger (percibir) las excitaciones y las informaciones provenientes tanto del mundo exterior como del “*endomundo*”. De hecho, es el sistema que nos pone en contacto con la realidad a través de todo lo que percibimos, ya sea afuera nuestro (lo que vemos, escuchamos, hacemos, etc.) o en nuestro interior (lo que deseamos, sentimos, recordamos, etc.). Aún más, además de tutelar la función perceptiva, también se ocupa de regular la motilidad o el paso a la acción, controlar los procesos gnóstico-intelectivos e inhibir, siempre que sea posible, todos aquellos impulsos susceptibles de generar displacer.



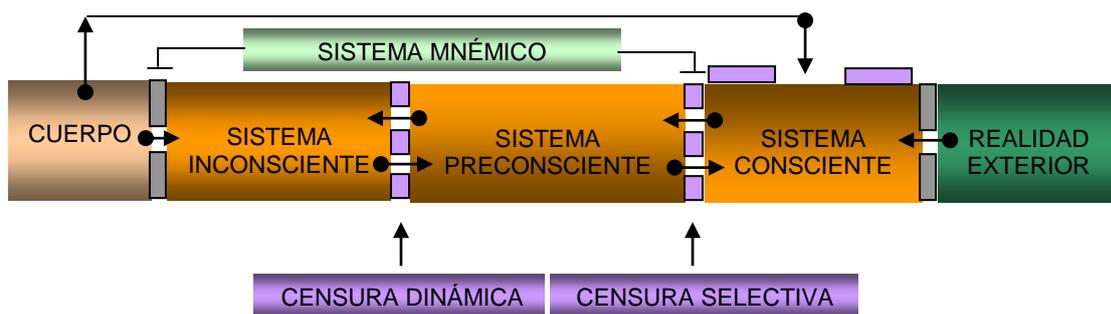
Representación freudiana del sistema consciente

b) El **sistema preconscious** (Pc.). Es el sistema situado entre el inconsciente y el consciente, separándole de aquél, la censura dinámica. Está formado por aquellos sentimientos, pensamientos, fantasías... que no están presentes en la conciencia, pero que pueden hacerse presentes en cualquier momento. No hay que vencer una gran resistencia para que se hagan conscientes. De entrada, es preciso entender este sistema como perteneciente al sistema mnémico del aparato mental, y, en este sentido, como capaz de retener trazos o huellas de las realidades estimulares. Tales huellas - recuerdos, experiencias, conocimientos-, descriptivamente pueden ser consideradas como inconscientes, en el sentido de su no actualización consciente, pero, por otra parte, también pueden ser catalogadas como latentemente conscientes, en el sentido de que, con relativa facilidad y gracias a un pequeño esfuerzo evocativo, pueden pasar al campo actual de la conciencia. El sistema preconscious funciona de acuerdo con las leyes de la lógica y, en cuanto a sus contenidos, habremos de decir que:

1.- En cuanto que no han sido rechazados o expulsados de la conciencia por la represión, ni existe una censura de carácter inconsciente que lo impida, los contenidos del sistema preconscious pueden acceder al plano consciente sin apenas dificultad.

2.- Al igual que ocurre con los del sistema consciente, los contenidos del preconscious -vivencias, evocaciones, conocimientos, etc.- se rigen por el proceso secundario (la energía psíquica es primeramente ligada a una representación antes de fluir de forma controlada) y sus representaciones están ligadas a las palabras, es decir, al lenguaje verbal.

3.- El normal almacenaje de información en la memoria tendría lugar en el preconscious, mientras que las huellas de las experiencias vivenciales que han sido objeto de represión se inscribirían en el sistema inconsciente.



Representación freudiana del aparato psíquico

c) El **sistema inconsciente** (Ic.). Concebido por Freud como uno de los dispositivos del sistema mnémico del aparato psíquico, el sistema inconsciente se caracteriza por ser la sede de las representaciones, vivencias, fantasías y recuerdos que, aunque fuertemente cargados/as de afecto, son incapaces por sí mismos de acceder a la conciencia, a no ser que, previamente, hayan sido objeto de fuertes modificaciones y sibilinas transformaciones, que, por otra parte, son igualmente ignoradas por el sujeto consciente. En lo que se refiere a su funcionamiento, cabe decir que este caótico sistema está gobernado por el proceso primario (la energía psíquica fluye libremente, pasando sin trabas de una representación a otra según los mecanismos de desplazamiento y de condensación) y que sus contenidos:

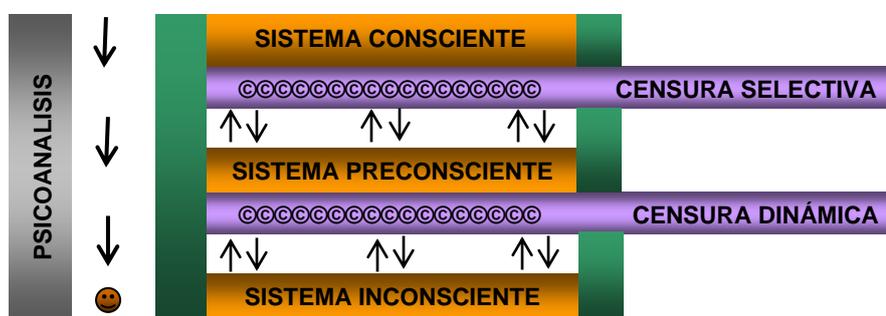
1.- Se encuentran fuertemente catectizados (cargados) de energía pulsional. De hecho, son los representantes psíquicos de las pulsiones (fantasías, ideas, deseos, etc.).

2.- No respetan las coordenadas espacio-temporales que rigen los episodios y las ocurrencias de la realidad consciente, y, por tanto, en su régimen de gobierno no existen ni la negación ni la contradicción.

3.- Se hallan sometidos al principio del placer, tienden a la descarga inmediata y su destino depende exclusivamente de su fuerza y de la satisfacción que proporcionan al sujeto.

4.- Buscan retornar a la conciencia y a la acción, pero sólo pueden hacerlo después de haber sufrido las deformaciones de la censura.

Así pues, en este sistema inconsciente se ubicaría, principalmente, lo que en psicoanálisis se ha dado en llamar *lo reprimido*, es decir, todo lo que ha sido hundido en los abismos del psiquismo y no es aceptado, tal cual es, por resultar doloroso, amenazante y/o desestructurante para el sujeto. Por decirlo de otro modo, *"el psicoanálisis nos ha revelado que la esencia del proceso de la represión no consiste en suprimir y destruir una idea que representa a la pulsión sino en impedirle hacerse consciente. Decimos entonces que dicha idea es inconsciente y tenemos pruebas de que, aún siéndolo, puede producir determinados efectos, que acaban por llegar a la conciencia. Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente; pero queremos dejar sentado desde un principio que no forma por sí solo todo el contenido de lo inconsciente. Lo inconsciente tiene un alcance más amplio, lo reprimido es, por tanto, una parte de lo inconsciente"* (1915, O.C. p. 2061).



Primera tópica freudiana

En cualquier caso, hay que hacer notar que todo este planteamiento freudiano sobre la estructura y el funcionamiento del aparato psíquico, para poder sostenerse, requiere del concurso de una función mediadora, **la censura**, una función sin la cual los contenidos reprimidos no encontrarían ninguna oposición para acceder a la conciencia. Según Freud, la censura es una función tan necesaria como permanente: constituye una especie de barrera selectiva que impide el libre tránsito de contenidos entre los sistemas inconsciente, por una parte, y preconscious-consciente, por otra; una diligente barrera que impide a los deseos inconscientes y a las formaciones que de ellos se derivan el acceso al plano de la conciencia, localizándose, por consiguiente, *"en el origen mismo de la represión"* (Laplanche y Pontalis, 1987, p. 53).

Ahora bien, al parecer, la censura no actúa únicamente entre los sistemas inconsciente y preconscious, sino también entre los sistemas preconscious y consciente. De hecho, Freud admite esta contingencia en un ensayo de 1915 titulado *Lo inconsciente*, argumentando que la clínica psicoanalítica le demuestra repetidamente que lo inconsciente es rechazado por la censura al llegar a los límites del preconscious, pero que sus ramificaciones, a veces, consiguen eludir esta censura, se organizan y llegan a tener, ya en el preconscious, una importante intensidad de carga, tras lo cual intentan imponerse a la conciencia. Unas veces lo consiguen, y otras, las más, son rechazadas hasta la nueva frontera de la censura, entre el sistema preconscious y el consciente.

Digamos, pues, que Freud infiere la existencia en el aparato psíquico de dos barreras o fronteras, de carácter no inerte sino activo, que regulan los intercambios intersistémicos: una tenaz y severa entre los sistemas inconsciente y preconscious (censura dinámica), y una más frágil y menos rigurosa entre el sistema preconscious y el consciente (censura selectiva). Ahora bien, como aconseja el creador del psicoanálisis en el ensayo antes citado, *“no deberemos ver en esta complicación una dificultad, sino aceptar que a todo paso desde un sistema al inmediatamente superior, esto es, a todo progreso hacia una fase más elevada de la organización psíquica, corresponde una nueva censura”*, aunque, como hace observar pocas líneas después, mejor que hablar de dos censuras, es preferible pensar en una sola que *“hubiera avanzado cierto estadio en el curso del desarrollo individual”* (1915, O.C. pp. 2075 y 2076).

Sea como fuere, lo cierto es que con el reconocimiento de estos tres sistemas: inconsciente, preconscious y consciente, el psicoanálisis se ha separado un paso más de la psicología descriptiva de la conciencia. Hasta este momento su principal diferencia radicaba en la concepción dinámica de los procesos anímicos que tenía el psicoanálisis, hecho al cual viene a agregarse ahora su interés por atender también a la tónica psíquica y a indicar en qué sistema o entre qué sistemas progresa un acto psíquico.

Es verdad, sin embargo, que en el curso subsiguiente de la labor analítica se puede apreciar cómo estas diferenciaciones son prácticamente insuficientes. Esta insuficiencia se pone especialmente de manifiesto al analizar con detalle el yo del sujeto -entendido como la organización coherente de los procesos psíquicos- y encontrarnos con *algo* inconsciente. Algo que se conduce idénticamente a lo reprimido, es decir, que se exterioriza de diferentes formas sin hacerse consciente por sí mismo, y para cuya toma de conciencia se hace forzoso un profundo esfuerzo. Nos estamos refiriendo, evidentemente, a las resistencias, o sea, a aquellas manifestaciones que, aun partiendo del yo, pasan totalmente desapercibidas para el individuo y que, a pesar de que por las sensaciones displicentes que llegan a provocar pueda intuirse su actuación, no pueden ser explicadas ni descritas.

“Todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido. También una parte del yo, cuya amplitud nos es imposible fijar, puede ser inconsciente, y lo es seguramente” (1923, O.C., p. 2704).

Este hallazgo trae consigo la exigencia de una nueva y trascendental rectificación en la concepción estructural del psiquismo humano: admitir un tercer tipo de inconsciente, no reprimido y perteneciente al yo. No obstante, el cambio a que nos referimos no es debido únicamente a esta idea, que por lo demás se hallaba presente en Freud, de una forma más o menos explícita, desde los *Estudios sobre la histeria*. Otro de los factores que lo hacen necesario es el descubrimiento del papel primordial que desempeñan las identificaciones en la constitución de la personalidad (ideales, instancias críticas, imágenes de sí mismo). Papel que va adquiriendo progresivamente en la obra de Freud un valor central que hace de estas identificaciones, más que

un mecanismo psicológico entre otros, la operación en virtud de la cual se constituye el sujeto humano.

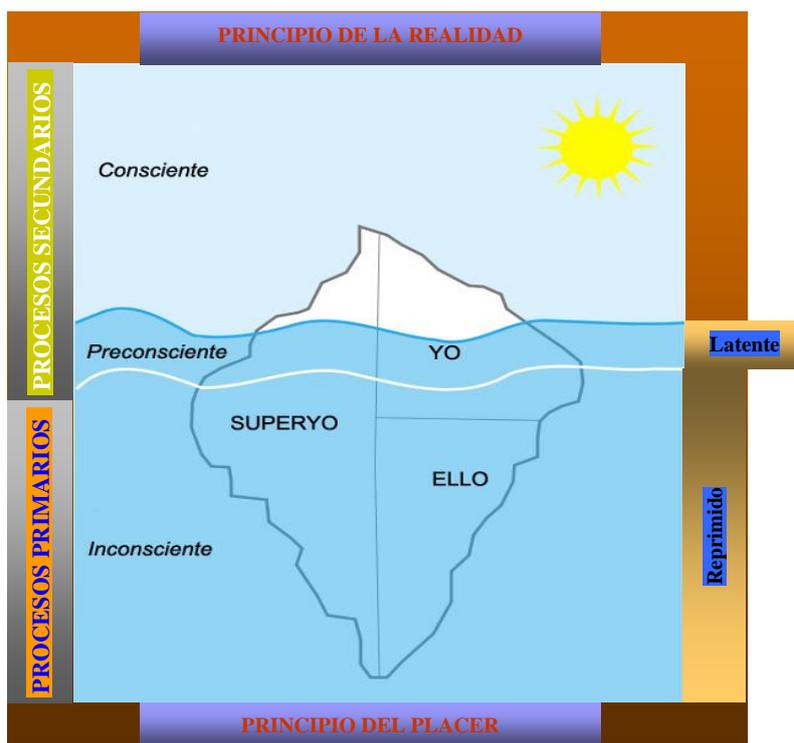
Por todo ello, Freud se ve forzado a elaborar, a partir de 1920, una teoría diferente de la personalidad, teoría que a menudo se designa abreviadamente como “*segunda tópica*”. En su forma esquemática, esta segunda teoría hace intervenir tres instancias: el *Ello*, polo pulsional de la personalidad; el *Yo*, instancia que se erige como representante de los intereses de la totalidad de la persona, y por último el *Super-yó*, instancia que juzga y critica, constituida por la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales. De hecho, ya en la elección de los términos se puede apreciar que el modelo no ha sido tomado de las ciencias físicas, sino que es antropomórfico: los sistemas se representan como si fuesen personas interactuantes y relativamente autónomas dentro del propio sujeto. Además, esta concepción no se limita únicamente a detallar las relaciones entre las tres instancias antes citadas, sino que diferencia en ellas formaciones más específicas, como el *Yo ideal* o el *ideal del Yo*, teniendo así en cuenta tanto las relaciones *intersistémicas* como las *intrasistémicas*. Si a esto se añade la importancia que en esta nueva teoría se otorga a las relaciones de dependencia existentes entre los diferentes sistemas, nos encontramos con una perspectiva de la personalidad mucho más acorde con la realidad psíquica del individuo.

4.1.2.- La segunda tópica freudiana

Aunque ya aparece esbozada en 1920 en *Más allá del principio del placer*, la segunda teoría tópica sobre el aparato psíquico fue expuesta y concretada por Freud en 1923, en *El yo y el ello*. En esta obra, el creador del psicoanálisis vuelve a recordar que la premisa principal de su particular método terapéutico es la diferenciación de lo psíquico en consciente e inconsciente, una diferenciación que permite llegar a la comprensión de los procesos patológicos de la vida anímica, tan frecuentes como importantes, y subordinarlos a la investigación científica. Sin embargo, a renglón seguido, también se muestra convencido de que no hay que ver en la conciencia la esencia de la vida mental, sino tan sólo una cualidad de lo psíquico, que puede sumarse a otras o faltar en absoluto. Esta convicción, unida a la evidencia clínica de que en el yo también hay *algo* inconsciente, algo cuya amplitud nos es imposible fijar que se conduce idénticamente a lo reprimido, es decir, exteriorizando intensos afectos sin hacerse consciente por sí mismo (resistencias).

Así pues, y siguiendo a Basabe (1979), podemos decir que el cambio metapsicológico que va de la primera a la segunda tópica fue impulsado, en primer lugar, por algunos hallazgos procedentes de la clínica psicoanalítica, como, por ejemplo, los mecanismos inconscientes de defensa, mecanismos que, a la luz de la primera tópica, no era posible comprender con claridad. De otro lado, hay que mencionar también la realidad del narcisismo, que, descubriendo la importancia de las identificaciones en la constitución de la personalidad y revelando la posibilidad real de “*una auto-inversión libidinal, obliga a un replanteamiento de la sistemática estructural y relacional del aparato mental*” (p. 49).

Aparte de estos hechos psicodinámicos impulsores, uno de los motivos que tradicionalmente se invoca para explicar este cambio metapsicológico es, sin duda, la intención freudiana de plantear un modelo teórico que se alejase de las ciencias físicas y se centrase más en el ámbito de la psicología, un modelo mucho más antropomórfico, mucho más centrado en las relaciones intrasubjetivas, en el que los sistemas se representan como entes autónomos que interactúan dentro del propio sujeto. Por lo demás, al igual que la primera, esta segunda tópica encierra una trilogía, o trípode, estructural, constituido por las ya clásicas tres instancias: *Ello*, *Yo* y *Superyó*.



Adaptado de Wikimedia Commons
<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Structural-Iceberg-es.svg>

1.- El **Ello**. Equivalente al sistema inconsciente de la primera tópica, el *Ello* -término tomado por Freud del psiquiatra alemán Groddeck (*El libro del Ello*, 1923) y adoptado por el psicoanálisis para designar el polo pulsional del individuo- es la instancia básica de la personalidad, la parte más antigua, elemental y arcaica de nuestro aparato psíquico. En él, vemos actuar nuestras pulsiones más primitivas sin orden ni concierto; regir sin limitación el principio del placer, que impulsa a la descarga directa e inmediata de las tensiones y excitaciones acumuladas; y converger procesos, como la condensación y el desplazamiento, que llevan grabado el inequívoco sello de lo inconsciente. Como oportunamente señalan Laplanche y Pontalis (1987), aparte de alógica, intemporal, amoral y, por supuesto, inconsciente, esta oscura e inaccesible instancia de la personalidad no sólo es “*el gran reservorio de la libido*” (p. 113) sino que también contiene las pulsiones básicas y espontáneas de la sexualidad y la agresividad. Además, resulta evidente que lo reprimido

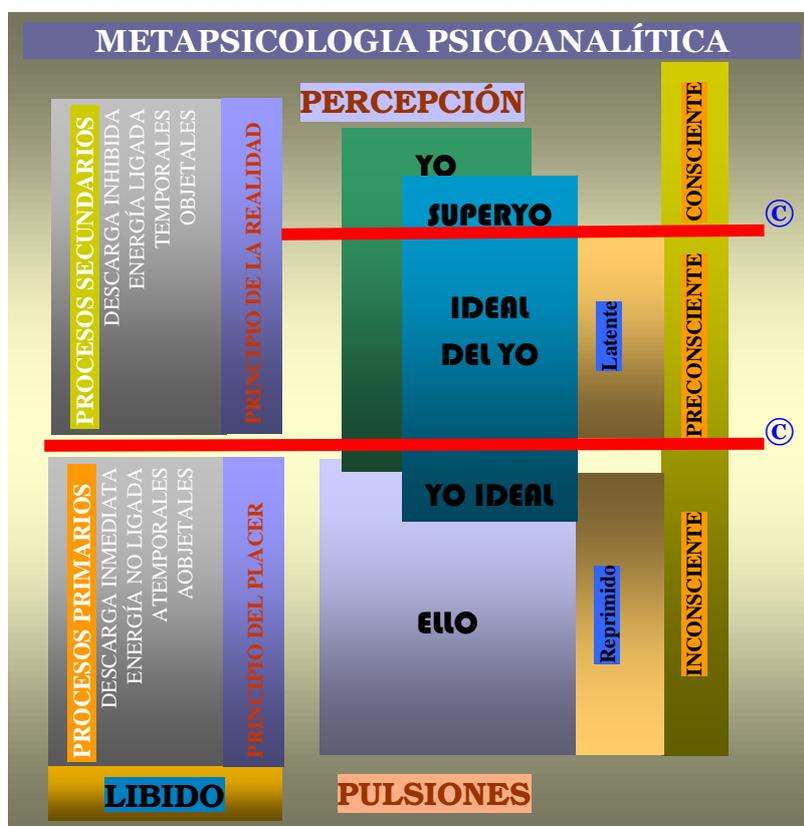
corresponde a esta instancia y, por consiguiente, está supeditado a la actuación de sus mecanismos. De acuerdo con Freud, en el *Ello* se sepulta lo reprimido biográfico y, también, lo reprimido hereditario, es decir, aquellas experiencias reprimidas, importantes y repetidas, de las generaciones precedentes en el devenir histórico de la especie humana (herencia arcaica). En resumen, el *ello* es el depósito de las pulsiones primitivas desde donde brotan las fuerzas del comportamiento y los conflictos y culpabilidad de las neurosis.

2.- El **Yo**. Contrariamente al *Ello*, que representa el enigmático universo de las pasiones, el *Yo* es la instancia del aparato psíquico que encarna el mundo de la razón y la reflexión. La ortodoxia psicoanalítica lo considera el *polo defensivo* de la personalidad, una conciliadora subestructura que, en un hercúleo y sempiterno esfuerzo, trata de transmitir al *ello* la influencia del mundo exterior y aspira a sustituir el principio del placer, que reina sin restricciones en esta instancia, por el principio de realidad. De hecho, ya desde sus orígenes, esta instancia inicia su andadura no sólo con la necesidad de recurrir a diversos mecanismos adaptativos para poder sobrevivir en medio de una realidad tantas veces dura y hostil, sino que además también viene requerida desde los más antiguos mensajes que le envían sus antepasados. Por decirlo de otro modo, el *Yo* es una instancia compromisaria que debe mediar y lograr el consenso entre tres imperiosas exigencias: las pulsiones del *ello*, que buscan su satisfacción directa e inmediata; los requerimientos de la realidad, que, a veces, hacen imposible o peligrosa la satisfacción de algunas de estas pulsiones; y los imperativos coactivos de la conciencia moral, que, lejos de buscar una sensata economía del placer, acostumbran a desarrollar el sentimiento de culpa y la cualidad de la obligación. En resumen, el *Yo* es una *diferenciación adaptativa* del *ello*, verificada en virtud del contacto con el mundo exterior, que, desde que surge, se halla en permanente contacto con la realidad, recibe sus impresiones y controla el acceso a la motilidad.

3.- El **Superyó o Ideal del Yo**. Por su parte, el *Super-yo* es la instancia del aparato psíquico en la que se ubican las prescripciones e ideales culturales de los pueblos y de la humanidad en general. Se trata de una estructura global que implica tres importantes funciones: la autoobservación, la conciencia moral y la formación de ideales. Su actuación es comparable a la de un juez o censor, reclamando en todo momento para sí la atención, el sacrificio y la sumisión del yo individual. En general, la metapsicología freudiana entiende que esta instancia “*traduce, representa y perpetúa dentro de la personalidad el residuo dinámico de la influencia parental, como sedimento del largo periodo infantil durante el cual el individuo en formación vive en estrecha simbiosis con sus padres*” (Basabe, 1979, p. 59). Hay que recordar, en este sentido, que el *Superyó* se constituye así a partir de la interiorización acrítica de las normas y valores morales, sociales y culturales, interiorización que tiene lugar mediante sucesivas identificaciones con las figuras idealizadas de los padres- el sujeto asimila un rasgo, una cualidad o un atributo de otra persona y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de ésta-. Por este motivo, si un sujeto desea reivindicar los destinos de su existencia debe ser capaz de conseguir un compromiso entre la necesidad de adaptarse a la realidad, la necesidad de responder a las exigencias pulsionales del *Ello* alimentadas por su propia

herencia arcaica y las prescripciones e ideales culturales, que tratan de imponerse al individuo desde los requerimientos del *Super-yo*.

Llegados a este punto, y ya para terminar con el apartado, es importante subrayar que no todos los autores del campo de la psicología dinámica aceptan sin más esta *insólita* concepción del aparato psíquico. Algunos, como Karen Horney (1993) o Erich Fromm (1979), apuestan por una visión mucho más culturalista y/o sociológica del asunto. Otros, como Melanie Klein (1984) o los analistas del yo (Hartmann, 1964, Arlow, 1964, Brenner 1968, etc.) restan importancia al conflicto psíquico como motor propulsor del yo y proponen algunas variaciones de profundo calado en las ideas freudianas sobre los orígenes, contenidos y funciones de estas tres clásicas instancias.



Representación gráfica de las tópicas freudianas

4.2.- TEORÍAS FREUDIANAS SOBRE LA PULSIÓN

La mayor parte de los autores que han analizado la obra de Freud coinciden en que su metapsicología, en gran medida, está basada en el modelo de las ciencias naturales, fundamentalmente en los esquemas de la física mecanicista clásica. Sin embargo, no es menos cierto que el modelo de la *Mecánica* también ha sido, como indica E. Freijo (1987), “*transpuesto al psicoanálisis*” (p. 91). De hecho, las tres subdisciplinas que constituyen la *Mecánica*, es decir, la *Cinemática* -que se ocupa de la descripción del espacio,

el tiempo y los movimientos, con independencia de cuáles sean sus causas-, la *Estática* -que estudia el equilibrio y la acción de las fuerzas sobre los cuerpos en ausencia de todo movimiento- y la *Dinámica* -que tiene por objeto el estudio de los movimientos bajo la acción de las fuerzas-, tienen su representación y/o se refieren a parcelas de la teoría de la personalidad descritas por Freud. Se podría considerar, por ejemplo, que los principios de la Estática están manifiestamente presentes en las tópicas del aparato psíquico; las reglas de la Dinámica en las teorías sobre el conflicto psíquico; y las leyes de la Cinemática en las propuestas freudianas relacionadas con la economía de la energía psíquica y sus principios reguladores.

En este sentido, no hay que olvidar que el padre del psicoanálisis recurre repetidamente a los puntos de vista tópico, económico y dinámico para exponer sus postulados metapsicológicos sobre el funcionamiento de los procesos psíquicos. Puede decirse, por ejemplo, que el punto de vista tópico es imprescindible en la sistematización freudiana del aparato psíquico; que el punto de vista dinámico resulta vital en la explicación psicoanalítica del conflicto psicológico; y que el punto de vista económico se vislumbra como fundamental en la descripción de la elaboración psíquica de las excitaciones. Respecto a este último punto, habremos de decir que los procesos de distribución, circulación y destino que sigue la energía psíquica obedecen, según el psicoanálisis, a tres principios fundamentales: *el principio del placer, el principio de la realidad y el principio de repetición y/o nirvana.*

a.- El **principio del placer**. Es uno de los principios económicos de regulación energética que, según el psicoanálisis, rigen el funcionamiento mental de los seres humanos. De acuerdo con este principio, las excitaciones sexuales aumentan la tensión pulsional (displacer), y, por tanto, necesitan descargarse directa e inmediatamente por cualquier vía (placer). Ahora bien, a diferencia de las doctrinas hedonistas tradicionales, Freud considera que la acción humana no persigue directamente el placer sino en contadas ocasiones. Nuestros actos, la mayoría de las veces, vienen determinados por el placer o displacer que origina en el presente la representación de la acción a realizar o de sus consecuencias. En su opinión -compartida con Fechner-, el aparato psíquico está regulado por la evitación o la evacuación de la tensión displacentera, y, por tanto, el principio del placer ha de ser considerado como un mecanismo de regulación automática. Aún más, dado que el displacer va ligado al aumento de las cantidades de excitación, y el placer a la disminución de las mismas, habremos de concluir que la actividad psíquica, en su conjunto, no tiene otra finalidad que evitar el displacer y procurar la armonía al individuo.

b.- El **principio de la realidad**. Es el segundo de los principios económicos que regulan el funcionamiento mental. Representa y reproduce las condiciones reales del entorno biológico, social y cultural, y, por tanto, forma un par antagónico con el principio del placer, al cual modifica en la medida en que logra imponerse a sus tendencias como principio regulador. La búsqueda de satisfacción ya no se efectúa por el camino más corto, sino mediante rodeos, aplazamientos y/o desplazamientos, frustrantes recursos que no son sino el resultado de las condiciones de vida impuestas al individuo por el mundo exterior. Como señala E. Freijo (1987), en multitud de ocasiones, “las

condiciones reales del entorno aconsejan no satisfacer las pulsiones directamente, sino mediante rodeos; ni inmediatamente, sino de forma diferida” (p. 91). Sea como fuere, el paso del principio del placer al principio de realidad no supone, en ningún caso, la desaparición del primero. Al contrario, el principio del placer continúa imperando en el mundo de las pulsiones, especie de territorio reservado, que funciona según las leyes del inconsciente; y el principio de realidad asegura la obtención de las satisfacciones necesarias para lograr un cierto equilibrio homeostático en función de las condiciones de vida impuestas por el mundo exterior.

c.- El **principio de repetición** y/o **nirvana**. Es el tercer principio económico propuesto por Freud para explicar los procesos de distribución, circulación y destino de la energía psíquica. En general, hace referencia a la tendencia radical del aparato psíquico a reducir a cero -o, por lo menos, a disminuir al máximo- cualquier cantidad de excitación de origen externo o interno; lo cual, llevado al último extremo, significa para el sujeto la vuelta a la condición originaria de materia inanimada. Baste señalar, en este sentido, que el término *nirvana* -tomado de la religión budista, amparado por la psicoanalista inglesa Barbara Low (1877-1955) y recogido por Freud en *Más allá del principio del placer* (1920)- designa la ausencia de cualquier tipo de excitación, la <<extinción>> del deseo, la aniquilación de la individualidad, es decir, alude a un estado de quietud y felicidad perfecto que únicamente se puede lograr retornando a la situación de materia inanimada (muerte).

Por lo demás, Freud está absolutamente convencido de que la fuente de la energía psíquica son las pulsiones, que, en sus diferentes modalidades y magnitudes, deben ser consideradas como la causa última de la actividad humana. Para acreditar esta convicción, el creador del psicoanálisis propone dos teorías diferentes sobre las pulsiones, la primera de las cuales queda definitivamente neutralizada por el calado, la solvencia y el empaque de la segunda.

4.2.1.- Primera teoría sobre las pulsiones

Aunque la primera teoría sobre las pulsiones ya aparece esbozada en los *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), lo cierto es que Freud fue elaborando sus propuestas sobre la economía de la energía psíquica y sus principios reguladores en sucesivas formulaciones, que, aun no siendo aceptadas por todos los psicoanalistas, han permitido, al menos, diferenciar tres momentos especialmente significativos en el pensamiento freudiano: a) 1910-1915, momento en el que elabora y ajusta su primera teoría sobre las pulsiones; b) 1915-1920, momento en el que introduce el concepto de narcisismo en el conjunto de la teoría psicoanalítica; y c) 1920-1930, momento en el que confecciona y homologa su segunda teoría sobre las pulsiones; tres momentos que no han de ser entendidos como lapsos de tiempo cronológicamente separados, sino como puntos álgidos de un continuo proceso de razonamiento donde los contenidos conceptuales son retomados, analizados y reelaborados.

INSTINTO: Esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y que parece responder a una finalidad.

PULSIÓN: Proceso dinámico consistente en un *empuje* (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Una pulsión tiene su *fuerza* en una excitación corporal (estado de tensión); su *fin* es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al *objeto* la pulsión puede alcanzar el fin.

Fuente: Laplanche y Pontalis (1987)

Pero, vayamos por partes. Como ya hemos señalado al comenzar el apartado, la primera teoría sobre las pulsiones es formulada por Freud en sus *Tres ensayos para una teoría sexual*, una obra plagada de “deficiencias y oscuridades” en la que el creador del psicoanálisis presenta su original teoría sobre la sexualidad. En este primer esquema pulsional, en el que los fenómenos psíquicos son considerados como resultantes de un conflicto de fuerzas psíquicas opuestas, Freud reconoce y contrapone las **pulsiones sexuales** a las **pulsiones de autoconservación**. Las primeras, ilustres protagonistas de la trama freudiana sobre la sexualidad, representan la sempiterna tendencia del hombre a la supresión de cualquier tipo de tensión corporal, es decir, la querencia humana a la consecución del placer sexual y al mantenimiento de los intereses de la especie. En general, se encuentran ligadas al principio del placer y se explican como un *empuje* interno que hace tender al individuo a la acción, un *empuje* cuyo epicentro está en el organismo, concretamente en las llamadas zonas erógenas -partes del cuerpo susceptibles de ser asiento de una excitación de tipo sexual-. Por eso, a la energía de las pulsiones sexuales se le llama “*libido*”, una expresión tomada de la teoría de la afectividad para *designar “la energía [...] de las pulsiones relacionadas con todo aquello susceptible de ser comprendido bajo el concepto de amor”* (1921, O.C., p. 2576-2577).

Las segundas, las de autoconservación, están más ligadas a las necesidades biológicas del sujeto y al principio de realidad. Su modelo es el hambre, su contrapartida la función de alimentación y su meta, en último término, la supervivencia del ser humano. Se explican, psicoanalíticamente, aludiendo a un *empuje* interno que mantiene activas las funciones corporales indispensables para preservar la vida y los intereses del individuo, y a su energía motriz se le denomina *interés*. Por desgracia, el creador del psicoanálisis nunca consideró necesario realizar una clasificación descriptiva de este tipo de pulsiones, y aunque parece admitir la existencia de tantas pulsiones de autoconservación como grandes funciones orgánicas existen (nutrición, defecación, micción, actividad muscular, visión, etc.), cuando habla de ellas, suele hacerlo en forma colectiva o tomando como prototipo el hambre y la sed. Así pues, si hacemos caso a las palabras que Freud pone en boca del poeta, “*todas las pulsiones orgánicas que actúan en nuestro psiquismo pueden clasificarse como <<hambre>> o como <<amor>>*” (1910, O.C., p. 1633).

PULSIÓN SEXUAL: Empuje interno que el psicoanálisis ve actuar en un campo mucho más extenso que el de las actividades sexuales en el sentido corriente del término. En él se verifican eminentemente algunos de los caracteres de la pulsión, que la diferencian de un instinto: su objeto no está predeterminado biológicamente, sus modalidades de satisfacción (fines) son variables, más especialmente ligadas al funcionamiento de determinadas zonas corporales (zonas erógenas), pero susceptibles de acompañar a las más diversas actividades, en las que se apoyan.

PULSIÓN DE AUTOCONSERVACIÓN: Término mediante el cual Freud designa el conjunto de las necesidades ligadas a las funciones corporales que se precisan para la conservación de la vida del individuo; su prototipo viene representado por el hambre.

Fuente: Laplanche y Pontalis (1987)

Por lo demás, y si queremos ser justos con Freud, habremos de reconocer que, pese a las numerosas críticas recibidas por plantear teorías puramente psicológicas sobre los procesos biológicos, el psicoanálisis *“no olvida nunca que lo anímico reposa sobre lo orgánico, aunque no puede llevar su labor más que hasta esta base y no más allá”* (1910, O.C., p. 1634). Baste señalar, en este sentido, que la relación original entre las pulsiones que sirven a la sexualidad y las que tienen como fin la autoconservación del individuo, a pesar de su evidente oposición, se establece y desarrolla a partir del concepto <<apoyo>>: *“las pulsiones sexuales, que sólo secundariamente se vuelven independientes, se apoyan sobre las funciones vitales que les proporcionan una fuente orgánica, una dirección y un objeto”* (Laplanche y Pontalis, 1987, p. 31). De hecho, la función corporal proporciona a la sexualidad su fuente o zona erógena; le señala desde el primer momento un objeto concreto de satisfacción y, finalmente, le procura un placer que no es reductible a la mera satisfacción de la necesidad biológica, sino que constituye una especie de suplemento adicional de disfrute.

Ahora bien, todos estos planteamientos son incomprensibles si no se sigue a Freud en la descomposición de la pulsión en sus cuatro factores constitutivos: la meta, el objeto, la fuente y, por último, el empuje.

- a) La **meta** de toda pulsión es la satisfacción, y ésta coincide siempre con una rebaja de la tensión provocada por la excitación interna. Esta noción, en la medida en que supone la existencia de procesos a los que se permite avanzar cierto espacio hacia la satisfacción de la pulsión, pero que luego se inhiben o se desvían de su fin, es primordial para llegar a entender la teoría freudiana de la sublimación.
- b) En segundo lugar nos encontramos con el factor más variable, más intercambiable de la pulsión: el **objeto**. El objeto es todo aquello, persona o cosa, en el cual o por el cual la pulsión puede alcanzar su meta.
- c) La **fuentes** es el tercer factor constitutivo de la pulsión. Es aquel proceso somático que se desarrolla en un órgano o en una parte determinada del cuerpo, cuyo estímulo se representa en la vida anímica por la pulsión.
- d) Finalmente, el cuarto elemento señalado por Freud en este análisis es el **empuje**. Se podría definir como el factor motor de la pulsión, esto es, como la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa. En el fondo no es otra cosa que la pulsión misma, porque justamente es ésta la que *“impulsa”* al sujeto a realizar la acción.

En cualquier caso, lo cierto es que a partir de 1910, en un loable intento de dar un soporte pulsional a la instancia defensiva y represora encargada de oponerse a la satisfacción de las pulsiones sexuales, Freud introduce la noción **pulsiones del yo**, equiparando este tipo específico de pulsiones, cuya energía se sitúa al servicio del yo en el conflicto defensivo, a las pulsiones de autoconservación. De este modo, las otrora denominadas pulsiones de autoconservación -y ahora designadas como pulsiones del yo- adquieren una doble función: preservar la vida del individuo y ejercer como agentes de la represión. Puede decirse, entonces, que el yo, en la primera década del siglo XX, es entendido y explicado por Freud de dos modos diferentes: a) como sinónimo de sujeto o persona total; y b) como un poderoso conjunto de representaciones que, orientado por las pulsiones de autoconservación, adhiere al individuo al principio de realidad oponiéndose a sus deseos.

PULSIONES DEL YO: Término utilizado por Freud dentro del marco de la primera teoría pulsional para designar un tipo específico de pulsiones cuya energía se sitúa al servicio del yo en el conflicto defensivo; son asimiladas a las pulsiones de autoconservación y se oponen a las pulsiones sexuales.

Fuente: Laplanche y Pontalis (1987)

En efecto, en contraposición a las pulsiones del yo, el creador del psicoanálisis continúa alineando a las pulsiones sexuales, pulsiones que representan a una fuerza disruptora difícilmente *educable* que, sometida al principio del placer y regulada por las leyes del proceso primario, amenaza desde dentro el equilibrio del individuo al no tener en cuenta las exigencias de la realidad. De hecho, el antagonismo entre estos dos grupos de pulsiones deriva directamente de la oposición entre los fines de la pulsión sexual, que no es otro que la obtención del placer sexual, y los fines de las pulsiones del yo, consistentes en la preservación del individuo. En relación con esto, Laplanche y Pontalis (1987) señalan que: *"las pulsiones del yo, en tanto que sólo pueden satisfacerse con un objeto real, efectúan muy pronto el tránsito del principio del placer al principio de realidad, hasta el punto de convertirse en agentes de la realidad, oponiéndose así a las pulsiones sexuales, que pueden satisfacerse en forma fantasmática y permanecen durante más tiempo bajo el dominio del solo principio del placer"* (p. 334).

Motivos del replanteamiento pulsional

a) Dificultades para justificar la existencia de los impulsos agresivos.

A pesar del enorme esfuerzo de síntesis realizado por Freud para conseguir explicar razonablemente los procesos de distribución, circulación y destino de la energía psíquica, no existe en su primera teoría sobre las pulsiones un planteamiento que de cuenta de los impulsos agresivos, al menos, concebidos de un modo independiente y autónomo. De hecho, aunque reconoció tempranamente la intervención de las tendencias agresivas en el funcionamiento mental (deseos amorosos y hostiles constatados en el Complejo de Edipo; resistencias con cierto matiz discrepante -y, a veces,

agresivo- descubiertas durante el análisis; tendencias marcadamente destructivas observadas en patologías como la paranoia, la neurosis obsesiva o la melancolía, etc.), lo cierto es que el creador del psicoanálisis no quiso admitir la existencia de una pulsión agresiva específica en este primer momento de teorización pulsional, ya que, en su opinión, postular la existencia de una pulsión agresiva autónoma (como había hecho A. Adler en 1908) era una generalización errónea: *“no podemos decidirnos a aceptar la existencia de una pulsión especial de agresión al lado de la pulsión de conservación y de la pulsión sexual, con las que ya estamos familiarizados. Me parece que Adler ha encarnado injustificadamente en una pulsión especial un carácter general e indispensable de todas ellas, carácter que podríamos describir como la facultad de dar impulso a la motilidad. De las demás pulsiones quedaría tan solo la relación con un fin, una vez despojados por la pulsión de agresión de la relación con los medios para alcanzarlo”* (1909, O.C., p. 1436-1437).

Así pues, desde la óptica freudiana, sería un error atribuir a una sola pulsión lo que caracteriza esencialmente a toda pulsión: el ser un empuje apremiante del que no se puede huir, un empuje que demanda del aparato psíquico un cierto trabajo e impulsa al sujeto impetuosamente a la acción. Por eso mismo, hay que ver la pulsión como *“una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico como consecuencia de su conexión con lo somático”* (1915, O.C., p. 2041) y dejar, como hace Freud, *“a cada una de las pulsiones su capacidad propia para hacerse agresiva”* (1909, O.C., p. 1437). En este sentido, no debemos olvidar que en los círculos psicoanalíticos siempre se ha defendido que la agresividad, al menos en esta primera formulación pulsional, es considerada por Freud como un componente básico y fundamental, aunque sin duda parcial, de toda pulsión. En efecto, la lectura de *Las pulsiones y sus destinos*, un breve ensayo publicado en 1915, pone de manifiesto que el creador del psicoanálisis ya tenía en mente una teoría metapsicológica sobre la agresividad. La práctica clínica le había venido a demostrar que la aparente transformación del amor en odio no es más que una ilusión; el odio no es un amor negativo, al contrario, tiene su propio origen, un origen que Freud parece tener claro: *“el verdadero prototipo de la relación de odio no procede de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y afirmación”* (1915, O.C., p. 2050).

Finalmente, y ya en la esfera de las pulsiones de autoconservación, Freud refiere y describe, ya como función ya como pulsión independiente, la actividad de asegurar el dominio sobre el <<objeto>>, es decir, el control absoluto sobre aquella cosa en la cual, o por medio de la cual, puede la pulsión alcanzar su satisfacción. Con esta referencia, parece querer significar la existencia de una pulsión de *“apoderamiento”*, una pulsión independiente, ligada a un aparato especial (la musculatura) y a una fase precisa de la evolución (fase sádico-anal), que tiene como finalidad dominar al objeto por la fuerza. Precisamente, en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905), Freud trata de justificar la crueldad infantil aludiendo a esta pulsión de apoderamiento, que, en su origen, no tendría como fin el sufrimiento del otro, sino que simplemente no lo tendría en cuenta (fase previa tanto a la compasión como al sadismo). De hecho, en un momento evolutivo tan delicado como es la infancia, dañar el objeto o aniquilarlo puede resultar indiferente, por cuanto la consideración del otro y de

su sufrimiento sólo aparecen en la llamada vuelta masoquista, es decir, cuando el sadismo retorna hacia la propia persona, tiempo en el cual la pulsión de apoderamiento es indiscernible de la excitación sexual que provoca.

PULSIÓN DE APODERAMIENTO: Término utilizado ocasionalmente por Freud, sin que su empleo pueda codificarse con precisión, para designar un tipo específico de pulsiones, no sexuales, que sólo secundariamente se unen a la sexualidad con el objetivo de dominar el objeto por la fuerza.

Fuente: Laplanche y Pontalis (1987)

Diez años después, en *Las pulsiones y sus destinos* (1915), Freud retoma el tema de la agresividad y expone explícitamente sus tesis acerca del sadismo y del masoquismo, tesis en las que sigue manteniendo que el fin primordial del sadismo es la humillación y el dominio por la violencia del objeto y que el masoquismo no es sino la vuelta del sadismo hacia la propia persona. De hecho, *“el psicoanálisis parece demostrar que el causar dolor no se halla integrado entre los fines a los que apunta originariamente la pulsión. El niño sádico no tiende a causar dolor ni se lo propone expresamente. Pero una vez llevada a efecto la transformación en masoquismo, resulta el dolor muy apropiado para suministrar un fin pasivo masoquista, pues todo nos lleva a admitir que también las sensaciones dolorosas, como en general todas las displacientes, se extienden a la excitación sexual y originan un estado placiente que lleva al sujeto a aceptar de buen grado el displacer del dolor”* (1915, O.C., p. 2045). Así pues, es posible sostener que el sadismo, tomado aquí en el sentido de una agresión contra *otro*, es siempre anterior al masoquismo, y que éste último no es sino el propio sadismo vuelto hacia el individuo.

b) Dificultades para justificar la teoría del narcisismo.

A pesar de la supuesta consistencia de la primera teoría pulsional, el estudio de las psicosis obligó a Freud a reconocer que el sujeto también podía tomar su propia persona como objeto de amor -narcisismo-; lo que, en términos energéticos, venía a significar que la libido podía catectizarse tanto sobre los objetos exteriores como sobre el propio yo, transformando a esta instancia psíquica en un gran *reservorio* de libido siempre dispuesto a absorber la catexis que pudiera retornar de los objetos. De hecho, según el creador del psicoanálisis, la libido comenzaría por catectizarse sobre el yo (narcisismo primario) antes de ser enviada hacia los objetos, de donde podría ser igualmente retirada para volver a sus raíces y catectizar de nuevo al yo (narcisismo secundario). De este modo tan sencillo como inexcusable, Freud evidencia la posibilidad de la libido de recargar el yo retirando la catexis del objeto, lo que implica que la catexis del yo persiste y se comporta, respecto a las catexis de objeto, *“como el cuerpo de un protozoo con relación a los pseudópodos de él destacados”* (1914, O.C., p. 2018).

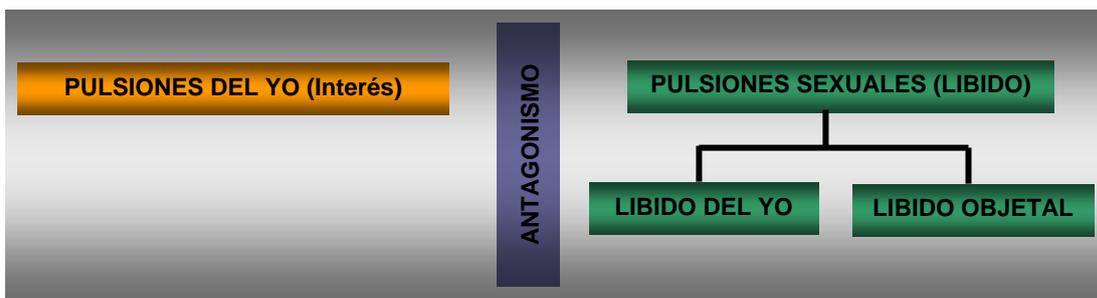
NARCISISMO PRIMARIO: Término utilizado por Freud para designar un estado precoz en el que el niño catectiza toda la libido sobre sí mismo.

NARCISISMO SECUNDARIO: Término utilizado por Freud para designar una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de sus catexis objetales.

CATEXIS: Término utilizado por Freud para designar el hecho de que la energía psíquica, la libido esencialmente, se halle unida a un objeto, ya se trate de la representación de una persona o de cualquier elemento corporal o psíquico.

Fuente: Laplanche y Pontalis (1987)

Ahora bien, las catexis de objeto nunca pueden llegar a amortizar o suprimir las catexis del yo, al contrario, si exceptuamos la jurisdicción de la patología, existe un verdadero equilibrio energético entre estos dos tipos de catexis, de tal forma que *“cuanto mayor es la primera, tanto más pobre es la segunda”* (1914, O.C., p. 2018). Esto quiere decir que, al menos en un principio, las energías psíquicas *“se encuentran estrechamente unidas, sin que nuestro análisis pueda aún diferenciarlas, y que sólo la carga de objeto hace posible distinguir una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones del yo”* (O.C., p. 2019). Por eso mismo, y aunque consideremos que la noción de narcisismo no invalida inicialmente la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo (autoconservación), habremos de admitir que la teoría freudiana sobre el narcisismo desestabiliza dicho antagonismo al postular la existencia de una carga sexual en el yo.



Representación freudiana de la primera teoría pulsional

c) Dificultades para justificar la noción de pares antitéticos.

Como es sabido, una de las exigencias más inquebrantables en el pensamiento freudiano es la endémica presencia de tendencias básicas en oposición, tendencias a partir de las cuales se puede fundamentar y explicar el conflicto psíquico. Sin embargo, basta un pequeño repaso a esta primera teoría pulsional para darse cuenta de que la supuesta polaridad entre las pulsiones sexuales, que tienden a la conservación de la especie, y las pulsiones del yo, que tienden a la conservación del individuo, es muy difícil de sostener:

1.- Con la introducción del concepto de narcisismo (1914), las pulsiones de autoconservación siguen oponiéndose a las pulsiones sexuales, si bien estas últimas se encuentran ahora subdivididas y categorizadas según apunten al objeto exterior (libido objetal) o al yo (libido narcisista).

2.- Entre 1915 y 1920, el creador del psicoanálisis efectúa un aparente acercamiento a las posiciones de Jung y se siente tentado a admitir la idea de una teoría monista de la energía pulsional, una teoría en la que las pulsiones

de autoconservación habrían de ser consideradas como un caso particular de amor a sí mismo y, por tanto, como libido del yo.

3.- Laplanche y Pontalis (1987) sugieren que uno de los elementos implicados en el cambio de 1920 en la teoría de las pulsiones es, sin duda, la enorme dificultad encontrada por Freud para explicar el origen de la agresividad. De hecho, la importancia adquirida en la clínica psicoanalítica por las nociones de ambivalencia, agresividad, sadismo y masoquismo; la imposibilidad de deducir el odio, desde el punto de vista metapsicológico, de las pulsiones sexuales; la fuerza irreprimible de los fenómenos de repetición, que difícilmente pueden reducirse a la búsqueda de la satisfacción libidinal o a una simple tentativa de dominar las experiencias displacenteras; son, a juicio de Freud, razones más que suficientes para cuestionar la validez de la primera teoría pulsional y establecer la existencia de una pulsión agresiva.

Con todo, no podemos olvidar que el creador del psicoanálisis no considera el dualismo pulsional como un <<postulado necesario>> en la teoría psicoanalítica, sino únicamente como una <<construcción auxiliar>> que va mucho más allá de los simples datos clínicos. En efecto, la clínica psicoanalítica le impone la idea de un conflicto entre las exigencias de la sexualidad y las del yo, mientras que, en último análisis, el supuesto antagonismo pulsional le acerca a consideraciones mucho más biológicas: *“precisamente porque siempre procuro mantener apartado de la Psicología todo pensamiento de otro orden, incluso el biológico, he de confesar ahora que la hipótesis de separar las pulsiones del yo de las pulsiones sexuales, o sea, la teoría de la libido, no tiene sino una mínima base psicológica y se apoya más bien en fundamentos biológicos”* (1914, O.C., p. 2020). Las primeras deberían situarse más bien, desde sus comienzos, en el lado del principio de realidad, y las segundas en el lado del principio del placer.

4.2.2.- Segunda teoría sobre las pulsiones.



Peter Paul Rubens

[https://es.wikipedia.org/wiki/Caritas_\(escultura_de_Peter_Paul_Rubens\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Caritas_(escultura_de_Peter_Paul_Rubens))
[Caritas \(escultura de Peter Paul Rubens\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Caritas_(escultura_de_Peter_Paul_Rubens))
(obra de Peter Paul Rubens publicada en wikipedia con licencia CC0)

Aun cuando la elaboración del concepto de pulsión de muerte obedece a una necesidad teórica que Freud estimó inexcusable, para llegar a comprender los auténticos motivos que impulsaron al padre del psicoanálisis a revisar su primera teoría pulsional es preciso considerar algunos elementos biográficos, sociales y personales que rodearon la vida del autor en este período. En primer lugar, no podemos olvidar que la Primera Guerra Mundial (1914-1917) -con todo el despliegue de fuerzas destructivas que supuso- sirvió de telón de fondo al postulado freudiano de <<pulsión de muerte>>. De hecho, siempre se ha dicho que los terribles años de la guerra y las miserias de la posguerra conmocionaron profundamente a Freud, que, en mayo de 1919, escribía a su amigo Jones en los siguientes términos: *"no recuerdo época alguna de mi vida en que mi horizonte se mostrara tan negro, o en todo caso si la hubo, yo era más joven y no me sentía oprimido por los achaques del comienzo de la vejez. Yo sé que también*

ustedes lo pasaron mal y tuvieron amargas experiencias, y siento mucho no tener nada que ofrecer como consuelo. Cuando nos encontremos, cosa que confío será en este año, usted verá que me siento inmovible aún y listo para cualquier emergencia, pero esto sólo en el plano del sentimiento, porque mi razonamiento se inclina más bien al pesimismo. Estamos pasando por una mala época, pero la ciencia tiene el ingente poder de enderezarnos la nuca” (Jones, 1970, p. 11).



Jacek Malczewsky

Thanatos II

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Jacek_Malczewski:Thanatos_II-1899.jpg
(obra de Jacek Malczewsky publicada en wikimedia con licencia CC0)

En segundo lugar, habremos de hacer notar que también en el terreno personal ésta fue una época especialmente difícil para el creador del psicoanálisis. En 1920, en plena reformulación de su teoría sobre las pulsiones, la vida viene a asestarle dos duros e inesperados golpes: el primero, la muerte de su paciente y amigo Anton von Freund, a quien acompañó en su agonía bajo un fuerte vínculo transferencial; el segundo, la pérdida de su hija Sophie, quien, afectada por la gripe española, murió con tan solo 26 años. Con todo, Freud aún tuvo fuerzas para argumentar y debatir sus postulados sobre la pulsión de muerte, postulados que, desde sus orígenes, trató de desvincular de un melancólico estado de ánimo originado por la pérdida de su amigo Anton y de su hija Sophie. Aunque deprimido y desilusionado, Freud no quiso en ningún momento que su nueva teoría pulsional perdiera peso teórico por estar asociada a una situación anímica negativa de su autor, argumentando que *Más allá del principio del placer* se encontraba prácticamente terminado en 1919 -salvo por los aspectos referentes a la vida de los protozoarios-, y entonces Sophie gozaba de buena salud. Lamentablemente, y a pesar de tan ingente esfuerzo, numerosos psicoanalistas han considerado que las elaboraciones freudianas sobre la pulsión de muerte no son sino una “*especulación teórica azarosa*”, una intuitiva e ingeniosa especulación fruto de un pensamiento desasosegado y atormentado por el dolor, sin haber tenido en cuenta, en este apresurado juicio de valor, ni la evolución teórica de tales concepciones ni los diecinueve años posteriores de trabajo intelectual en los que Freud mantuvo vigente esta propuesta.

Así las cosas, y volviendo ahora a los planteamientos doctrinarios que han de servirnos para explicar la segunda teoría pulsional, habremos de decir que Freud introdujo en *Más allá del principio del placer* (1920) una nueva y controvertida propuesta teórica sobre la economía de la energía psíquica y sus principios reguladores, una propuesta en la que destaca la oposición entre las ahora llamadas **pulsiones de vida** (Eros) y las **pulsiones de muerte** (Thanatos), oposición que, por otra parte, habría de mantener hasta el final de su obra. En efecto, las pulsiones de vida, que en esta nueva formulación teórica engloban tanto a las pulsiones sexuales como a las de autoconservación, tienden a preservar las unidades vitales existentes y a construir, a partir de éstas, unidades más amplias. Las pulsiones de muerte, por el contrario, tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir,

aspiran a devolver al ser vivo a su estado inorgánico original. Las pulsiones de vida, por decirlo con otras palabras, aspiran a mantener la unidad y la existencia de la sustancia viva, mientras que las pulsiones de muerte tienden a la destrucción de las unidades vitales, a la nivelación radical de las tensiones y al retorno al estado incorpóreo, que se considera como el estado de reposo absoluto.

PULSIONES DE VIDA: Categoría fundamental de pulsiones que Freud, en su segunda formulación sobre los principios reguladores de la energía psíquica, contraponen a las pulsiones de muerte. Designadas también con el término *Eros*, agrupan a las pulsiones sexuales y a las pulsiones de autoconservación de la primera propuesta freudiana, caracterizándose por su manifiesta tendencia a la constitución y conservación de unidades vitales cada vez más complejas.

PULSIONES DE MUERTE: Dentro de la segunda teoría freudiana sobre los principios reguladores de la energía psíquica, categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico.

Fuente: Laplanche y Pontalis (1987)

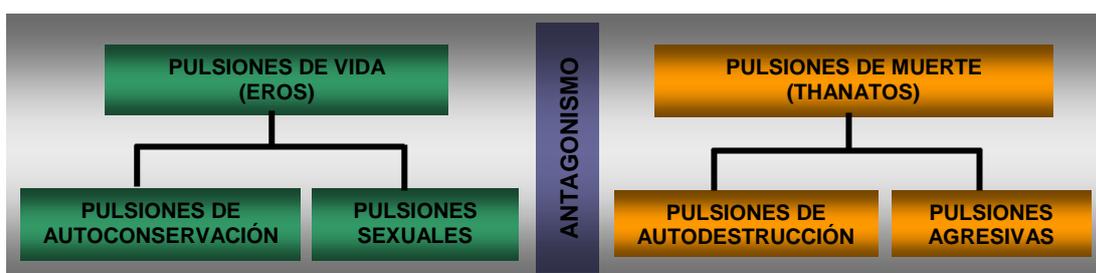
Puede decirse, entonces, que las pulsiones de muerte, en esta segunda propuesta freudiana sobre los principios reguladores de la energía psíquica, emergen como una nueva y forzosa categorización, una categorización que, a pesar de vislumbrarse en los casos de melancolía, no había conseguido cristalizar en su anterior propuesta. Al parecer, fue el valor teórico del concepto y su concordancia con una determinada concepción de la pulsión lo que hizo a Freud insistir tanto en la necesidad de mantener la tesis de la pulsión de muerte, a pesar de las abundantes críticas cosechadas en los diferentes círculos psicoanalíticos. En su opinión, aunque es la especulación teórica la que ha obligado al psicoanálisis a admitir la existencia de este tipo de pulsiones, también la clínica psicoanalítica ha venido a demostrar la existencia de hechos muy precisos, irreductibles, que sin esta categorización apenas si podrían ser explicados: *“si consideramos el cuadro completo constituido por los fenómenos del masoquismo, immanente a tanta gente, la reacción terapéutica negativa y el sentimiento de culpa encontrado en tantos neuróticos, no podemos ya adherirnos a la creencia de que los sucesos psíquicos se hallan gobernados exclusivamente por el deseo de placer. Estos fenómenos son inequívocas indicaciones de la presencia en la vida psíquica de una fuerza a la que llamamos pulsión de agresión o de destrucción, según sus fines, y que hacemos remontar a la primitiva pulsión de muerte originaria de la materia animada”* (1937, O.C., p. 3357-3358).

En resumen, la introducción por parte de Freud del concepto de pulsión de muerte es correlativa con una profunda reflexión acerca de lo que hay de fundamental en toda pulsión: el retorno a un estado anterior. Esta tendencia regresiva, contemplada ahora desde una perspectiva evolucionista, apunta al reestablecimiento de unidades vitales menos diferenciadas, menos organizadas, que, en último extremo, ya no comportan diferencias de orden energético. Aún más, si esta tendencia regresiva se expresa en la pulsión de muerte, en contraposición, la pulsión de vida se habrá de caracterizar, como apuntan Laplanche y Pontalis (1987), por un movimiento inverso, es decir, por el establecimiento y mantenimiento de unidades vitales más diferenciadas y

más organizadas, por la constancia e incluso el aumento de las diferencias de nivel energético entre el organismo y el medio.

Puede decirse, entonces, que es la pulsión de muerte la que se convierte, en este nuevo dualismo pulsional, en esa fuerza primaria, demoníaca y propiamente pulsional que nos arrastra al estado de “*estabilidad inorgánica*”; mientras que pulsión sexual, otrora anárquica fuerza disruptora, se transforma, entre tanto, en una fuerza que une y liga, en una fuerza que tiende a limitar el libre flujo de las excitaciones, a unir a las representaciones entre sí y a constituir y mantener formas relativamente estables. Como recuerda Freud, el fin del Eros consiste en “*establecer y conservar unidades cada vez mayores, es decir, la unión; la pulsión de destrucción, por el contrario, busca la disolución de las conexiones, destruyendo así las cosas. En lo que a éste se refiere, podemos aceptar que su fin último es el de reducir lo viviente al estado inorgánico, de modo que también lo denominamos instinto de muerte*” (1938, O.C., p. 3382).

En cualquier caso, numerosos psicoanalistas han subrayado que la hipótesis freudiana sobre la pulsión de muerte descansa esencialmente sobre bases teóricas, y que, por tanto, tampoco se halla exenta de objeciones teóricas. En concreto, sostienen que la noción de pulsión de muerte, desde el punto de vista metapsicológico, es inaceptable y que los hechos clínicos invocados por Freud pueden y deben interpretarse sin recurrir a esta noción. Con todo, y ya para finalizar, podemos afirmar con Freud que, si como dicta la experiencia, “*tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo anorgánico, podremos decir: la meta de toda vida es la muerte. Y con igual fundamento: Lo inanimado era antes que lo animado*” (1920, O.C., p. 2526).



Representación freudiana de la segunda teoría pulsional

4.3.- TEORÍA FREUDIANA SOBRE LA SEXUALIDAD

En primer lugar, es preciso señalar que el término sexualidad encubre un concepto de amplísima significación y que, por tal motivo, corre el riesgo de resultar ambiguo. Generalmente, se suele entender por sexualidad uno sólo de los varios niveles de referencia que comprende este concepto, concretamente el más elaborado: el nivel genital. De este modo, se acostumbra a identificar sexualidad con genitalidad, olvidando que este concepto abarca una mayor extensión en tanto que se refiere, según apunta la teoría psicoanalítica, a la

tendencia general de cualquier zona erógena del cuerpo a buscar su propio placer pulsional:

“La cualidad erógena puede hallarse señaladamente adscrita a determinadas partes del cuerpo. Existen zonas erógenas predestinadas, como nos enseña el ejemplo del “chupeteo”; pero el mismo ejemplo nos demuestra también que cualquier otra región de la epidermis o de la mucosa puede servir de zona erógena; esto es, que posea a priori una determinada capacidad para serlo” (1905, O.C., p. 1201).



Pablo Picasso

Femme Assise

<http://picasso.museo.gob.es/imagenes/1500447/ruo201834Em1y0>
(fotografía de rodrigoarthur publicada en Picasa con licencia BY-SA)

Por ello, cuando en este apartado aludamos a dicho término, debe quedar claro que no nos referimos al concepto clásico de sexualidad en tanto conducta que tiende automáticamente hacia la consecución de una descarga genital. Al contrario, lo que nos interesa en este momento es el estudio de la pulsión sexual como fuente de energía endógena que tiende hacia un objeto y hacia un fin, y más concretamente a la plasticidad que manifiesta en cuanto al tipo específico de objeto y a las diferentes actividades con las que trata de alcanzar dicho fin. Esta idea conviene tenerla muy clara, ya que muchos de los ataques que se han hecho a Freud y al psicoanálisis respecto a la excesiva importancia que atribuyen a la sexualidad en la génesis de las neurosis son debidos, precisamente, a la comprensión inadecuada del término sexualidad.

Término éste que es utilizado por Freud en un sentido mucho más amplio que aquel en el que vulgarmente se le atribuye una equivalencia reductivamente genital.

Así pues, tras esta breve introducción, vamos a comenzar señalando alguna de las principales contribuciones del psicoanálisis a la teoría de la sexualidad:

a) La primera, es la progresiva ampliación del concepto mismo de sexualidad. En este sentido, Freud, ya en su ensayo sobre las desviaciones sexuales, inicia una fundamentada crítica al restrictivo concepto tradicional de sexualidad, aludiendo de entrada a la errónea creencia de que ésta no se manifiesta en la infancia:

“La opinión popular posee una bien definida idea de la naturaleza y caracteres de este instinto sexual. Se cree firmemente que falta en absoluto en la infancia; que se constituye en el proceso de maduración de la pubertad, y en relación con él, que se exterioriza en los fenómenos de irresistible atracción que un sexo ejerce sobre el otro, y que su fin está constituido por la cópula sexual o a lo menos por aquellos actos que a ella conducen” (1905, O.C., p. 1172).

Sin embargo, para que esta vida sexual *normal* del adulto pueda llegar a constituirse y la consecución del placer entre al servicio de la función reproductora, es necesario que el sujeto supere exitosamente una serie de etapas evolutivas (oral, anal y fálica) de organización sexual. Ello significa que, al contrario de lo que acontece en la vida adulta, en la infancia la satisfacción sexual no se busca preferentemente en la zona genital sino en las zonas erógenas privilegiadas en cada momento evolutivo. Precisamente, hacia esas zonas irá orientada la búsqueda de satisfacción y, consiguientemente, la estimulación de esa parte del cuerpo se constituirá en un fin sexual autónomo: *“el fin sexual del instinto infantil consiste en hacer surgir la satisfacción por el estímulo apropiado de una zona erógena elegida de una u otra manera”* (1905, O.C., p. 1201).

Pero es que, además, esta conducta sexual lleva implícita la idea de que la cualidad erógena alcanza a todo el cuerpo y que, si bien existen zonas más privilegiadas para la obtención del placer, no por ello debe creerse que otras partes del cuerpo no puedan ejercer la misma función. Yendo todavía más lejos, y basándose siempre en su experiencia clínica, Freud llega a afirmar que sólo a partir de esta posibilidad de que todo el cuerpo pueda ser considerado como verdadera zona erógena, es posible explicar el desplazamiento del interés de las zonas genitales hacia otras partes del cuerpo que podemos observar en los *perversos*. Acción que nos lleva, en efecto, a estimar que los fines pueden ser múltiples, parciales e íntimamente dependientes de las fuentes somáticas.

Podemos considerar, pues, que este estudio de la sexualidad infantil y de las perversiones, facilita a Freud suficientes pruebas como para rechazar aquella concepción que atribuye a la pulsión sexual un fin y un objeto específico que únicamente compete al funcionamiento del aparato genital. Al mismo tiempo, este hecho explica el porqué todos sus esfuerzos van encaminados a tratar de demostrar cómo el objeto de la pulsión sexual es variable y que sólo es elegido definitivamente por el sujeto en función de las vicisitudes de su propia historia.

b) La segunda idea que nos interesa subrayar en este apartado es que la sexualidad, en la medida en que no constituye un dispositivo estructurado previamente sino que se va estableciendo en el transcurso de la historia individual cambiando de zonas, de objetos y de fines, no puede comprenderse en el plano de la mera génesis biológica. Esta observación, en tanto que presupone la transformación de una energía inicialmente biológica en otra básicamente psíquica, nos acerca a la verdadera vertiente psicológica de la pulsión sexual, es decir, a la noción de libido:

“Libido es un término perteneciente a la teoría de la afectividad. Designamos con él la energía -considerada como una magnitud cuantitativa, aunque por ahora no mensurable- de los instintos relacionados con todo aquello susceptible de ser comprendido bajo el concepto de amor” (1921, O.C., p. 2576).

De esta forma, la libido, como energía claramente diferenciada de la excitación sexual somática, representa el aspecto psíquico de la pulsión sexual. Es más, la propia naturaleza fronteriza del concepto de pulsión nos permite considerar a la libido como: la manifestación dinámica, en la vida anímica, de la pulsión sexual. Por todo ello, esta energía puede y debe ser considerada como el substrato de las transformaciones que sufre la sexualidad en cuanto a la fuente (pluralidad de zonas erógenas), en cuanto al objeto (posibles desplazamientos), y en cuanto al fin (inhibición, sublimación, etc.).

Podemos ahora darnos cuenta del aspecto que reviste la vida sexual del ser humano antes de la confirmación de la primacía de los órganos genitales, primacía que se prepara durante la época infantil y comienza a organizarse sólidamente a partir de la pubertad:

“Existe durante todo este primer período una especie de organización más laxa, a la que daremos el nombre de pregenital, pero en esta fase no son las tendencias genitales parciales, sino las sádicas y anales las que ocupan el primer término” (1917, O.C. p. 2326).

Así pues, denominamos pregenitales a aquellas organizaciones de la vida sexual en las cuales las zonas genitales no han llegado todavía a desempeñar su papel predominante. Estas fases de la organización sexual transcurren normalmente sin que el sujeto advierta su paso, a no ser por leves indicios, hasta alcanzar la llamada vida sexual normal del adulto, en la cual la consecución del placer entra al servicio de la función reproductora y los instintos parciales se agrupan bajo el señorío de una zona erógena inconfundible: los genitales.

Fase Oral. La primera de estas organizaciones sexuales pregenitales es la *oral*. En ella, la actividad sexual más representativa es la succión o *chupeteo*, acción que, si bien en un principio se halla íntimamente ligada al proceso de absorción de alimentos, más tarde se independiza y pasa a funcionar autónomamente. Se puede comprobar, en efecto, cómo la succión rítmica de una parte de su cuerpo, de su piel o de sus mucosas permiten al tierno infante, de forma rápida y sencilla, obtener la satisfacción apetecida lejos ya de cualquier función vital. Asimismo, podría afirmarse que los labios, la boca y la lengua se conducen durante toda esta fase como una zona erógena verdaderamente privilegiada que, no necesitando un objeto externo, encuentra el placer de forma totalmente autoerótica. El niño no se sirve, en este caso, de un objeto exterior a él, sino que preferentemente utiliza una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le resulta más cómodo como porque de ese modo se distancia de un mundo extraño que no le es posible dominar todavía.

Fase Anal. La segunda fase pregenital es la de la organización *anal*. En esta etapa, el ano desempeña el papel de zona erógena predominante, mientras que la retención y la expulsión de las heces son las actividades en las que el sujeto encuentra ahora mayor gratificación. De hecho, la retención intencionada de las masas fecales, al realizar la función de cuerpo excitante de una mucosa sexualmente sensible, se convierte en una de las ocupaciones

más apetecibles en este momento evolutivo. Aún más, la importancia erógena originaria de esta zona ha de suponerse muy considerable, máxime cuando su estimulación encuentra el apoyo de una función fisiológica vital.

Debemos añadir, además, que es en esta fase de organización libidinal cuando aparece más claramente definido uno de los pares de antitéticos fundamentales en la vida psíquica: la oposición actividad-pasividad. A este respecto, conviene señalar que el elemento activo está constituido, en esta fase anal, por la pulsión de aprehensión o de apoderamiento, en tanto que la mucosa intestinal, como órgano con fin sexual pasivo que es, aparece como representante del polo opuesto, es decir, de la pasividad. De todas formas, este hecho no implica que en la fase oral no coexistan actividad y pasividad, sino que en dicho período, todavía, estos dos términos no se han convertido en antagonistas.

Fase Fálica. Por último, en una tercera fase, la zona anal es reemplazada por los genitales, que se convierten de esta manera en foco de interés para el sujeto infantil. No obstante, a diferencia de la organización genital puberal, el niño o la niña en esta etapa reconocen únicamente un sólo órgano genital: el masculino, limitando así la diferencia de los sexos a la oposición fálico-castrado. Según esta hipótesis, el niño percibe las diferencias externas entre hombres y mujeres, pero al principio no tiene ocasión de asociar tales diferencias a una diversidad de sus órganos genitales. Por este motivo, atribuye a todos los demás seres animados, hombres y animales, órganos genitales semejantes a los suyos, llegando, incluso, a buscar en los objetos inanimados un miembro igual al que él posee. Sin embargo, en el curso de estas investigaciones, sucesos como la observación casual de los genitales de una hermana o de una compañera de juegos, permiten al niño descubrir que el pene no es un atributo común a todos los seres parecidos a él. Poco a poco llega a la conclusión, original pero cruel, de que la niña poseía al principio un miembro análogo al suyo, del cual fue luego despojada por oscuros motivos. Esta convicción permite al niño interpretar la carencia de pene como resultado de una castración, certeza ésta que hace emerger un profundo temor a la posibilidad de una mutilación similar.

Los desarrollos ulteriores son de sobra conocidos, y sus consecuencias también. Aquí, nos limitaremos a indicar que en los primeros años infantiles (entre los tres y cinco años) se constituye una síntesis de las tendencias sexuales, cuyo objeto es, en el niño, la madre. Esta elección de objeto, junto con la correspondiente actitud de rivalidad y hostilidad contra el padre, es el contenido llamado *complejo de Edipo*, cuya resolución se halla íntimamente ligada a ese *miedo a la castración* y que para todos los seres humanos entraña una importancia máxima para la estructuración definitiva de su personalidad.

Periodo de Latencia. La fase fálica encuentra normalmente su fin hacia el quinto año de vida, pasando a continuación el sujeto a un período de latencia, más o menos completa, durante el cual se establecen los preceptos éticos como dispositivos protectores contra los impulsos optativos del complejo de Edipo. En este período de latencia la producción de la excitación sexual sufre una interrupción, produciendo tal hecho un acopio de energía que, en su mayor

parte, será utilizada para fines distintos de los sexuales; esto es, por un lado, para la formación de los sentimientos sociales, y por otro, mediante la represión y la formación reactiva, para la construcción de los posteriores diques sexuales: el pudor, la repugnancia y la moral. De esta forma, los poderes psíquicos destinados a conservar las pulsiones sexuales dentro de unos determinados límites son construidos en la infancia a costa de impulsos, en su mayor parte perversos, y con la inestimable ayuda de la educación:

“En el curso de esta evolución, una parte de la excitación sexual, emanada del propio cuerpo, es inhibida como inaprovechable para la reproducción, y en el caso más favorable conducida a la sublimación. Resulta así que mucha parte de las energías utilizables para la labor cultural tiene su origen en la represión de los elementos perversos de la excitación sexual” (1908, O.C., p. 1253).

Así pues, hasta la configuración de estos poderes psíquicos, que se oponen a la pulsión sexual en calidad de resistencia, se puede considerar al niño como un “perverso polimorfo”, lo que significa que en sus actuaciones se encuentran presentes todas las posibilidades de perversión. Consideración ésta que parece justificarse en la existencia de numerosas fuentes de estimulación sexual, como pueden ser: la actividad sensorial, la enervación muscular o los movimientos rítmicos -además de las ya mencionadas orales, anales y genitales-. Fuentes que, dado su número y variedad, generan un *plus de erotismo* cuya satisfacción directa, desplazada o aplazada, resulta sumamente dificultosa:

“Nuestra actitud ante las fases de la organización de la libido ha cambiado, en general, un poco. Si antes acentuábamos, sobre todo, cómo cada una de ellas se desvanece al iniciarse la siguiente, ahora atendemos preferentemente a los hechos que nos muestran cuánto de cada fase anterior perdura al lado y detrás de las estructuras ulteriores y logra una representación permanente en la economía de la libido y en el carácter de la persona” (1932, O.C., p. 3157).

Fase Genital. Sería erróneo suponer que estas etapas se suceden simplemente, al contrario, la una se agrega a la otra, se superponen, coexisten. En las fases precoces cada una de las pulsiones parciales persigue su satisfacción con independencia de las demás; en la fase fálica aparecen los primeros indicios de una organización dispuesta a subordinar las restantes tendencias; pero la organización completa sólo se alcanza en una cuarta fase: *la genital*. Etapa ésta que, coincidiendo con el arribo de la pubertad, señala el comienzo de las transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal.

“La normalidad de la vida sexual se produce por la confluencia de las dos corrientes dirigidas sobre el objeto sexual y el fin sexual, la de la ternura y la de la sensualidad, la primera de las cuales acoge en sí lo que resta del florecimiento infantil de la

sexualidad, constituyendo este proceso algo como la perforación de un túnel comenzada por ambos extremos simultáneamente” (1905, O.C., p. 1216).

c) La tercera noción, es la singular importancia que, sin duda alguna, adquiere la sexualidad en la formación del conflicto psíquico y, por tanto, en la etiología de las neurosis. Protagonismo que parece, en último término, hallar su razón de ser en el enfrentamiento entre dos tendencias incompatibles: la fuerza y la resistencia. Comprobamos, en efecto, cómo la esencia de todo conflicto humano radica en la difícil armonización entre las exigencias del mundo exterior, que tienden a evitar toda satisfacción pulsional indiscriminada, y las del mundo interior, que pugnan siempre por alcanzar su satisfacción de una forma inmediata. No obstante, debemos tener en cuenta que todas esas exigencias externas tendentes a evitar la descarga pulsional, llegado un momento evolutivo determinado, son interiorizadas por el individuo, transformándose de esta manera el conflicto anímico en un problema de índole exclusivamente interna.

El sujeto, deseando satisfacer sus tendencias impulsivas, se ve en este momento frenado, no por la realidad exterior, sino por el mundo interior, aquí ya representado por la conciencia moral y los ideales. Simplificando didácticamente, podríamos considerar que en el conflicto psíquico, tal y como Freud lo plantea, la fuerza está representada por la pulsión (energía biopsíquica), mientras que la resistencia es causada por la actuación de determinadas estructuras del aparato psíquico (*Yo* y *Super-yo*) que tienden a evitar la descarga de dicha energía. Con todo, la tensión anímica que dicho conflicto genera en el psiquismo humano no puede mantenerse indefinidamente. Tarde o temprano, el propio aparato psíquico tendrá que arbitrar una salida para conciliar ambas exigencias y así solucionar esta insostenible situación. El problema radica, ahora, en el tipo de salida, sana (cultural) o patológica (inmadura), hacia la que derive el referido conflicto. Doble alternativa que realmente habrá de ser posibilitada por la propia naturaleza energética e intrasomática del conflicto aquí contemplado.

En este sentido, el carácter polimórficamente perverso de la sexualidad infantil nos permite establecer una sencilla conexión entre la salud, la perversión y la neurosis. La normalidad sería, según se desprende de esta exposición, la resultante de la represión de ciertos instintos parciales y de la subordinación de los restantes a la primacía de las zonas genitales al servicio de la reproducción. Las perversiones corresponderían a perturbaciones de esa síntesis por un desarrollo exagerado, y hasta cierto punto obsesivo, de alguno de aquellos instintos parciales, y la neurosis, por su parte, se reduciría a una represión excesiva de las tendencias libidinales:

“La posibilidad de señalar siempre en la neurosis la existencia de casi todos los instintos perversos de la disposición infantil como fuerzas productoras de síntomas me llevó a definir la neurosis como el “negativo” de la perversión” (1906, O.C., p. 1242).

Por tanto, si lo que determina la aparición del conflicto es, en último término, esa fuente de excitación continua e intrasomática a la que Freud se refiere en los *Tres ensayos* (1905), todo va a depender de la adecuada o inadecuada derivación que a semejante energía se le asigne. Ello implica que, desde esta perspectiva económica, todo conflicto psíquico supondrá, al menos temporalmente, una inhibición energética o frustración pulsional, en espera de la salida que se haya de arbitrar a las fuerzas en litigio.

Podemos concluir, pues, que existe en el enfermo un tenaz conflicto entre la tendencia libidinosa y la represión sexual, o sea, entre su lado sensual y su lado ascético, y esta desavenencia no se resuelve, ciertamente, ayudando a uno de tales factores a vencer al otro. En los neuróticos, es el ascetismo la instancia victoriosa, y a consecuencia de esa victoria la sexualidad se ve forzada a buscar una compensación en la formación de síntomas. En el caso contrario, cuando la sensualidad es quién alcanza el triunfo, la represión sexual intenta compensarse de igual forma al ser descartada. Así pues, ninguna de estas dos soluciones puede poner término al conflicto interior, dado que siempre quedará insatisfecho uno de los elementos que lo provocaron.

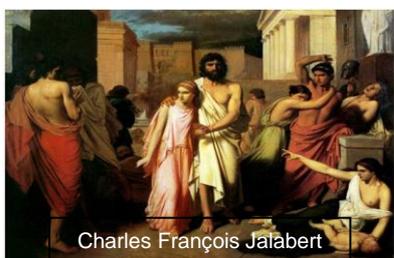
d) Queda aún, por su importancia, otro aspecto que reseñar, y éste no es otro que las vías de formación de síntomas. Los síntomas, como actos inútiles que el sujeto realiza en contra de su voluntad y que le acarrearán sensaciones displicentes, deben ser considerados como efecto de un conflicto surgido en derredor de las formas de satisfacción de la libido. Así lo manifiesta el mismo Freud cuando asegura que los destinos de la libido se nos revelan, sin duda alguna, como el factor decisivo de la salud y de la enfermedad nerviosa: *“La ocasión más próxima y más fácilmente comprobable y comprensible de la emergencia de una enfermedad neurótica hemos de verla en aquel factor exterior, al que puede darse en general el nombre de frustración”* (1912, O.C., p. 1718).

Por tanto, podemos considerar que la frustración, al provocar el estancamiento de la libido, ejerce una influencia patógena sobre el individuo, que se ve sometido por tal motivo a una dura prueba: ver cuánto tiempo puede resistir el incremento de la tensión psíquica derivada de dicho estancamiento y comprobar, al mismo tiempo, si es capaz de elegir las vías más apropiadas para descargarse de ella. Ante tal situación, no existen sino tres posibilidades para mantenerse sano:

- 1) Transformar la tensión psíquica en una serie de acciones orientadas hacia el mundo exterior que acaben por lograr una satisfacción real.
- 2) Apartarse de la realidad hallando refugio en la actividad imaginativa (fantasía), en la que crea nuevos deseos y reanima las huellas de deseos anteriores olvidados.
- 3) Renunciar a la satisfacción libidinosa, sublimar la libido estancada y utilizarla para alcanzar fines distintos de los eróticos y ajenos, por tanto, a la prohibición.

Cualquier otro intento de satisfacción de la libido parece conducir inevitablemente al oscuro dominio de las neurosis y, por derivación, al siempre singular proceso de la formación de síntomas. Podríamos decir que cada vez que una parte de la personalidad manifiesta determinados deseos, otra fracción se opone a ellos y los rechaza. Es un conflicto en el que la libido no satisfecha, debiendo ceder a las exigencias de la realidad, sufre substanciales variaciones en su búsqueda de nuevas formas de satisfacción, siendo los síntomas una de ellas. Así pues, los síntomas constituyen una especie de satisfacción nueva o sustitutiva, que la privación ha hecho necesaria. Ahora bien, esta nueva vía de satisfacción origina un problema de considerable magnitud: el enorme esfuerzo psíquico que supone para el sujeto, primero su ejecución y más tarde la lucha contra ellos. Esfuerzo que en una amplia formación de síntomas agota la energía psíquica del individuo y lo incapacita para desempeñar cualquier otra actividad.

4.3.1.- El Complejo de Edipo



Edipo guiado por Antigona

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_Plague_of_Thebes.jpg
(obra de Charles François Jaubert publicada en Wikimedia con licencia CC0)

En psicoanálisis, la expresión *Complejo de Edipo* hace referencia al conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus progenitores entre los 3 y 5 años, aproximadamente. Descrito por primera vez por Freud en *Sobre un tipo especial de la elección de un objeto en el hombre* (1910) - aunque ya en 1897, en pleno autoanálisis, Freud había escrito a su amigo Fliess manifestándole la poderosa influencia de Edipo Rey en el proceso de individuación-, este complejo es considerado la piedra angular del psicoanálisis:

- Para la teoría, porque constituye el eje central de la teoría pulsional y de la metapsicología con la que Freud trata de explicar el funcionamiento psíquico y la estructuración de la personalidad.
- Para la clínica, porque del desarrollo, evolución y forma de resolución de la conflictiva edípica derivará la estructura y la forma en que se presentarán los síntomas en las distintas modalidades patológicas.

En su forma “*positiva*”, el Complejo de Edipo se presenta como en la historia del Edipo Rey de Sófocles (496-406 a.C.): deseo de la muerte del rival, que es el personaje del mismo sexo (padre), y deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto (madre). En su forma “*negativa*”, se presenta a la inversa: amor hacia el progenitor del mismo sexo y odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto. Aunque, en último término, estas dos formas acostumbran a fusionarse, en diferentes grados, en la llamada forma “*completa*” del Complejo de Edipo. Por lo demás, la constitución de la relación edípica corresponde a la fase fálica de la evolución de la libido, fase en la que el interés sexual del individuo se centra en los genitales. En ella, las energías instintivas se orientan por nuevas vías y el niño y la niña empiezan a comportarse, con toda naturalidad, como un pequeño hombrecito o una pequeña mujercita ante su

madre o su padre. Francamente, sin disimulo, cada uno de ellos muestra su especial predilección ante el progenitor del sexo opuesto y no resulta extraño oírles afirmar que, de mayores, se casarán con su madre o con su padre (según el caso). Sin embargo, esta nueva orientación de la afectividad origina serias dificultades en la relación con el progenitor del mismo sexo, al cual el sujeto continúa afectivamente ligado, pues sigue siendo el ideal a imitar, aunque ahora le vea también como: el poderoso rival de su nueva relación amorosa.

El niño, tiernamente enamorado de su madre, desea reemplazar a su padre cerca de ella, sustituirle en todo, para así poder disfrutar de todas las prerrogativas de su progenitor, lo que, sin duda, refuerza todavía más la identificación con el mismo. Identificación que, con total seguridad, hunde sus raíces en el profundo sentimiento de indefensión del niño, que le obliga a depender en todo momento de sus padres, y en la excesiva idealización de la figura paterna como entidad protectora.



Edipo y la Esfinge

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Gustave_Moreau_005.jpg
(obra de Gustave Moreau publicada en Wikimedia con licencia CC0)

Según esto, el primer objeto sexual que elige el niño cuando su libido alcanza la organización genital es la madre. Parece que de esto no se puede dudar. Una huella indeleble queda de esta íntima conexión: el primer amor marca al hombre para toda la vida. Sin embargo, esta dirección *instintivista* de la sexualidad resulta rechazada por la misma madre, que consiente en compartir su amor con otras personas -el padre, los otros hermanos, etc.-, contrariando la pretensión de exclusividad amorosa del pequeño “Edipo”. Pero aún hay más. En esta compleja situación, el padre se nos representa como un ser firme, poderoso y enérgico que protege y defiende al pequeño de las amenazas del mundo exterior. Por eso se le ama y estima. Por eso el niño lo toma como ideal, y llega a identificarse con él. Pero, al mismo tiempo, también es el principal obstáculo que se opone a la realización de los deseos amorosos del sujeto infantil, la sólida barrera que se

interpone entre él y el ser querido, su más poderoso rival, motivo por el que se desea su desaparición y su muerte.

Quiere esto decir que el niño presenta una actitud afectiva ambivalente respecto a las figuras parentales, ambivalencia que, como hemos visto, resulta mucho más evidente en el caso del padre, pues puede concretarse tanto en una exteriorización cariñosa como en el deseo de supresión. Ahora bien, como poseedor de estos profundos e inconfesables deseos, el niño se siente, en su indefensión e indigencia, ya no tanto protegido por el padre, sino seriamente amenazado por él, amenaza que -al haber alcanzado la libido la organización genital- se expresa por el temor a la castración. La admisión de tal posibilidad, basada en el accidental descubrimiento de los genitales femeninos y en la consiguiente certeza de que la mujer está *castrada*, permite al sujeto representarse la pérdida de su propio pene, del que tan orgulloso está, y la amenaza de castración comienza entonces a surtir sus efectos.

Cuando esto acontece, la angustia y el temor de castración son sentidos como verdaderas amenazas del padre que, según imagina la no tan inocente criatura, habría llegado a descubrir sus deseos incestuosos hacia la madre y sus sentimientos hostiles para con él. Se establece así, inevitablemente, un intenso y dramático conflicto libidinal (y agresivo). La libido objetal (deseo de la madre) versus la libido narcisista (deseo de conservar los genitales). Afortunadamente, parece que en este peliagudo conflicto el interés narcisista por esta parte del cuerpo se impone a los deseos edípicos, con el resultado de la renuncia a los mismos y la interiorización de la figura (y autoridad) paterna, hecho que, además de la disolución del complejo de Edipo, da lugar a la formación del *Super-yo* y al comienzo del periodo de latencia sexual.

En las niñas, el desarrollo de las relaciones objetales es aún más complejo, si cabe, que en el varón, pues se ven forzadas a dar un paso adicional previo: el cambio de objeto libidinal. Ahora bien, si en ambos casos la madre es el objeto original, ¿cómo llega la niña a prescindir de ella y a adoptar en su lugar al padre como objeto de sus deseos? La observación analítica nos permite reconocer o, mejor dicho, adivinar las razones de este progresivo distanciamiento. Por un lado, las experiencias frustrantes que la pequeña vive en relación con su madre: el destete, la educación en el control de los esfínteres, las imposiciones normativas o, simplemente, tener que compartir su amor con otras personas. Por otro, una frustración muy significativa y específicamente femenina en relación con la configuración morfológica: la niña culpa de su falta de pene a la madre, que en última instancia *“la echó al mundo tan insuficientemente dotada”* (1925, O.C., p. 2900).

He aquí un interesante contraste entre la conducta de ambos sexos: cuando el varón descubre por primera vez la región genital de la niña, comienza por mostrarse, confuso, indeciso y poco interesado; no ve nada o desdeña lo que ve, lo atenúa o procura buscar excusas para hacerlo concordar con lo que esperaba ver. Sólo más tarde, cuando la amenaza de castración se cierne sobre él, dicha observación se torna verdaderamente importante y significativa.

Distinta por completo es la reacción de la niña. Al instante adopta su juicio y hace su decisión. Lo ha visto, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo. Por eso, cuando la niña repara en el pene de un hermano o de un compañero de juegos, tan visible y evidente, lo reconoce al punto como símil superior de su propio órgano sexual, al que ahora parece encontrar diminuto e inconspicuo, sintiendo este hecho como una desventaja y como un motivo de inferioridad. Durante algún tiempo se consuela pensando que esta situación es sólo algo transitorio (ya crecerá), que ella no puede ser tan diferente, o que, a pesar de todo, alguna vez llegará a poseer un pene y será entonces igual al hombre. De este modo, comienza a gestarse lo que Freud denomina *“complejo de masculinidad de la mujer”* (1925, O.C., p. 2899).

Sin embargo, esta renuncia al pene no es soportada sin la tentativa de una compensación. La niña pasa -podríamos decir que siguiendo un enlace simbólico- de la idea del pene a la idea del niño. Renuncia a su deseo del pene

poniendo en su lugar el deseo de un niño, y con este propósito toma al padre como objeto amoroso y, por derivación, a la madre como objeto de sus celos. Su *complejo de Edipo* culmina, pues, en el deseo, retenido durante mucho tiempo, de recibir del padre, como regalo, un niño, tener de él un hijo. Complejo que luego es abandonado lentamente, porque ese deseo no llega jamás a cumplirse.



Antoni Brodowski

Edipo y Antígona

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Antoni_Brodowski_Edipo_y_Antigona_-_01.jpg

(obra de Antoni Brodowski publicada en wikimedia con licencia CC0)

Por otra parte, la pequeña no considera su falta de pene como un carácter sexual, sino que la explica suponiendo que en un principio poseía un miembro igual al que ha visto en el varón, pero que lo perdió luego por castración. Es más, llega incluso a sentir tal pérdida como un castigo personal, no dudando en acusar a su madre de ser la responsable de tan traumático suceso. Resulta, pues, que la niña acepta la castración como un hecho ya consumado, mientras que el niño solamente teme la posibilidad de su cumplimiento.

Según esto, la niña carece del móvil principal que impulsa al sujeto a la superación del *complejo de Edipo*: el miedo a la castración. La castración, en este caso, manifiesta su efecto a priori, efecto que consiste, precisamente, en precipitar a la pequeña a la situación edípica. Así, el *complejo de Edipo* escapa al destino que le es deparado en el caso del varón; puede ser abandonado lentamente o liquidado por medio de la represión, o sus efectos pueden persistir muy lejos en la vida psíquica de la mujer. Así pues, podemos concluir que el *complejo de Edipo* en la niña es una formación secundaria, lo preceden y lo preparan las repercusiones del complejo de castración: *“mientras el complejo de Edipo del varón se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posibilitado e iniciado por el complejo de castración”* (1925, O.C., p. 2901).

De esta forma tan peculiar se lleva a cabo, según Freud, el abandono y la superación de la fijación libidinosa al padre y de la hostilidad y los celos respecto a la madre, iniciándose así el periodo de latencia sexual y, por consiguiente, la formación de la conciencia moral propiamente dicha. Podemos concluir, pues, que, tanto en el caso del niño como en el de la niña, es durante este período de latencia cuando se consuma la génesis del *Super-yo* o *Ideal del Yo*, una vez se han llevado a término las identificaciones con los padres: *“esto nos lleva a la génesis del ideal del yo, pues detrás de él se oculta la primera y más importante identificación del individuo, o sea, la identificación con el padre”* (1923, O.C., pp. 2711-2712).

Con la formación de esta *entidad* psíquica, el ideal personal hacia el que aspiraba la vida del niño sufre una inflexión de incalculable trascendencia. Deja de estar fuera del individuo, encarnado en una persona distinta y exterior - generalmente el padre-, para quedar interiorizado, es decir, para comenzar a residir en el interior de la propia persona. Desde ese preciso momento, el ser humano posee ya, intrapsíquicamente, la imagen ideal de sí mismo, o sea, el

punto de referencia al que ha de tender, aquello que quiere y debe ser. El sujeto, por tanto, parece haber asimilado las representaciones del mundo exterior merced a un inevitable proceso de introyección, proceso que ha de ser completado y enriquecido por sucesivas idealizaciones y sublimaciones.

Por otra parte, el surgimiento del *Super-yo* lleva igualmente implícita la necesidad de regular el comportamiento personal, regulación que será llevada a cabo según un patrón ideal de conducta que refleja, ya interiorizados, los imperativos de acción y las coerciones que, anteriormente, venían impuestos desde fuera por las personas responsables de la educación del niño, principalmente los padres, y por la sociedad. *“Sólo se produce un cambio fundamental cuando la autoridad es internalizada al establecerse un super-yo. Con ello, los fenómenos de la conciencia moral son elevados a un nuevo nivel, y en puridad sólo entonces se tiene derecho a hablar de conciencia moral y sentimiento de culpabilidad. En esta fase también deja de actuar el temor de ser descubierto y la diferencia entre hacer y querer el mal, pues nada puede ocultarse ante el super-yo, ni siquiera los pensamientos”* (1930, O.C., p. 3054).

Según esto, el *Super-yo* se configura como la instancia ética de la personalidad, como la estructura que ostenta tanto la función de ideal como la de prohibición, de aquí que adquiera para el individuo valor de modelo y función de juez. Como *Ideal del Yo*, señala a la persona las metas a alcanzar y los criterios por los que se ha de regir; como instancia crítica, examina y evalúa la conducta de acuerdo con las normas de la sociedad, ofreciendo recompensas (orgullo, valía, autoestima) a la conducta *buena* y castigos (culpa, sentimientos de inferioridad, vergüenza) al *mal* comportamiento.

Podemos concluir, pues, que, en último término, lo que da pie a la estructuración de la instancia superyoica es un conflicto o, mejor dicho, el intento de solución de un conflicto con las figuras parentales. Cuando los padres frustran los deseos del pequeño con determinadas exigencias de renuncia pulsional, éste desarrolla considerables tendencias agresivas contra la autoridad que le priva de tal satisfacción. Pero semejante caudal de agresividad no puede, por otra parte, ser fácilmente expresado, ya que dichas figuras son sumamente importantes para él y teme perder su amor y protección. Ante este dilema, y siempre bajo el imperio de la necesidad, el niño se ve forzado a interiorizar las prohibiciones parentales, empezando por negarse a sí mismo aquello que antes le era prohibido por sus progenitores. De este modo tan singular, queda conformado su *Super-yo*.

La madurez moral. En la obra freudiana, desgraciadamente, son muy escasas las referencias a los destinos ulteriores del *Super-yo* en el desarrollo normal de las personas. Freud, sin duda alguna, ha estado mucho más preocupado por la evolución patológica de esta estructura que por su maduración endémica. Esto ha dado lugar a que se hayan propuesto diversas interpretaciones sobre esta cuestión, interpretaciones que trataremos de resumir aquí lo más fielmente posible. Podemos comenzar diciendo que el destino del *Super-yo* puede ser doble. En primer lugar -y esto es lo más habitual en el desarrollo de los individuos-, puede madurar, o, mejor dicho, pseudo-madurar, manteniendo la misma estructura que tuvo en los momentos de su formación y, por tanto,

conservando la originaria esencia edípica de la conciencia moral. En este caso, la moral autoritaria impuesta por el padre quedaría definitivamente arraigada en el interior del sujeto, siendo simplemente sustituida en las personas con una educación religiosa por una moral impuesta por Dios, su heredero legítimo, aunque idealizado, sublimado y fuertemente espiritualizado.

Esto significaría que el *complejo de Edipo* no había sido superado y liquidado totalmente, y que el individuo, ahora en relación con su propio *Super-yo*, sigue manteniendo la antigua actitud infantil de dependencia. La prueba de ello es que esta línea evolutiva, aunque permite alcanzar algunos resultados eficaces -cierta liberación de las ligaduras afectivas familiares, el dominio de las tendencias sexuales y agresivas, la aceptación de un código interno de normas morales-, deja, sin embargo, al sujeto a medio madurar. Su conciencia moral, por esta vía, no puede alcanzar una total autonomía, y por tan desconcertante motivo sigue obedeciendo ciega e irracionalmente, desde el inconsciente, a la autoridad enérgica y coercitiva del sustituto del padre infantil. En el fondo, pues, el individuo continúa siendo evolutiva y estructuralmente un niño.

Pero aún existe otra posibilidad de evolución de la instancia superyoica, aunque en esta oportunidad, dada la singular idiosincrasia de la civilización, a no ser que medie la ayuda del psicoanálisis será muy difícil que llegue a cumplimentarse plenamente: la auténtica maduración del *Super-yo*, la plena autonomía y liberación de la conciencia moral y el desarrollo armonioso de la personalidad. Esta posibilidad se desarrolla psicológicamente sólo si tiene lugar la liquidación total del *complejo de Edipo*, cuyas raíces quedan totalmente disueltas en el inconsciente, mediante un dominio perfecto de la situación afectiva correspondiente. Al mismo tiempo, junto con la desaparición de la mítica autoridad paterna, tiene lugar la disolución de su sustituto religioso: la autoridad divina. De aquí que la juventud, que es el momento evolutivo en el que se critica, cuestiona y repudia la autoridad paterna, sea también la época en la que, con mayor frecuencia, tiene lugar la pérdida de la fe. *“El psicoanálisis nos ha descubierto una íntima conexión entre el complejo del padre y la creencia en Dios y nos ha demostrado que el Dios personal no es, psicológicamente, sino una superación del padre, revelándonos innumerables casos de sujetos jóvenes que pierden la fe religiosa en cuanto cae por tierra para ellos la autoridad paterna. En el complejo paterno-materno reconocemos, pues, la raíz de la necesidad religiosa”* (1910, O.C., p. 1611).

La pérdida de la fe es, por tanto, el resultado final de un largo proceso de maduración psicológica de la personalidad y del carácter. En él tiene lugar la disolución definitiva del complejo paterno-materno y, con ello, la total liberación del individuo: éste no necesita ya de ninguna representación paternal para moverse libre y con seguridad en la vida, y prescinde de ellas como proveedoras de afecto, con lo que tales representaciones dejan de ser determinantes en su vida moral. Por esta vía, el *Super-yo* madura, se hace más consciente y más racional. La conciencia moral alcanza su completo desarrollo, consigue eliminar todos los antiguos elementos heterónomos y logra así una total autonomía. Es el propio individuo quien ahora se impone, sin coerción alguna, sus propias normas, siguiendo exclusivamente los dictados de la razón y de la prudencia. Exento ya de prejuicios y libre de toda atadura irracional, el

hombre deja por fin de ser niño y se enfrenta, dueño de sí mismo, a la realidad desde su razón y su libertad moral.

Esta no sería la línea de evolución más común del ser humano, sino una vía excepcional, modélica, a perseguir, por lo que adentrarse en ella supondría entrar en el orden de lo deseable o de lo prescriptible y renunciar al ámbito de la realidad. En efecto, Freud se niega a hacer concesión alguna a un optimismo fácil, ilusorio, que no haría sino velarnos la realidad, y no duda en describirnos a un sujeto humano *normal*, maduro, ampliamente marcado por reacciones afectivas inconscientes. Así pues, lo que subyace en la moral adulta no es la razón, la reflexión, la voluntad, la libre elección, sino en muy pequeña medida. Los comportamientos morales más evidentes, al igual que las conductas más inmorales, son fruto de determinantes afectivos que escapan, la mayor parte de las veces, al campo de la conciencia y de la libertad.

| | | |
|--|---|---|
|  Psikologia Fakultatea Facultad de Psicología |  OpenCourseWare Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea |  Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea |
| PSICOLOGÍA DINÁMICA | | |
|  BY NC SA | | |
| Luis M ^a Iturbide Luquin luismaria.iturbide@ehu.es | | |
